

438

E-264 MA 110

EL CATOLICISMO

Y

LA LIBERTAD.

BREVES CONSIDERACIONES SOBRE LA LIBERTAD
DE POLITICA LOS PUEBLOS, EN OPOSICION
AL CESARISMO Y LIBERALISMO.

POR

JULIO MATOVELLE,



ENCA, NOVIEMBRE 1º DE 1876,

Impreso por Antonio Cueva.

EL CATOLICISMO

Y

LA LIBERTAD:

BREVES CONSIDERACIONES SOBRE LA LIBERTAD

DE POLÍTICA LOS PUEBLOS, EN OPOSICION

AL CESARISMO Y LIBERALISMO.

POR

JULIO MATOVELLE.



CUENCA, NOVIEMBRE 1º DE 1876.

Impreso por Antonio Cueva.

SUMARIO.



Antes de principiar.— I Exposición de la materia.— II Idea cristiana de la Libertad.— III El catolicismo es religion de Libertad.— IV. V Todos los grandes católicos, hasta los mismos Papas, han sido defensores de la libertad política de los pueblos.— VI Injusta acusacion hecha al Catolicismo, de ser partidario de la tiranía.— VII Liberalismo y sus especies.— VIII Liberalismo católico.— IX Su justa condenacion por la Iglesia.— X Distincion entre la justa libertad política y la falsa del liberalismo.— XI Concesiones: fortaleza y debilidad de los gobiernos.— XII Cesarismo: sus consecuencias perniciosas: su condenacion por la Iglesia.— XIII Católicos pesimistas.— XIV Conclusion.

ANTES DE PRINCIPIAR.



Desde hace algunos meses viene debatiéndose entre nosotros la espinosísima cuestion del *liberalismo*: cosa bastante rara en nuestro país, cuya prensa política, en su mayor parte, se desdenea de encumbrarse á la límpida admósfera de los principios, prefiriendo arrastrarse en el lodazal de las diatribas. Por encanto hemos visto formarse dos partidos, *liberal* el uno y *conservador* el otro; mas en esto, á decir verdad, no vímos nosotros mas que una inconsciente parodia de lo que pasa en otras naciones viejas ya, así en el crimen como en la civilizaci6n: plagio de nombres, pero no de ideas, ni sistemas. Los partidos, entre nosotros, son de hombres no de principios; pocos son los que toman las cosas á lo serio, pocos los que prefieren un sistema á los destinos: los demas son conservadores ó liberales, segun les empuja el viento de la ambici6n, y con la misma facilidad que cambian de nombres, mudan de partidos; y así pudieran llamarse hoy hugonotes, como mañana musulmanes. Prueba de esto es la acepci6n err6nea que se ha querido dar á la palabra *liberalismo*, queriendo proscibir en su significado así la santa y pura libertad, como el execrable libertinaje. Esto nos movió á escribir las presentes y

breves reflexiones sobre la *Libertad*, el *Liberalismo* y el *Cesarismo*, queriendo traer un rayo mas de luz al terreno de la discusi6n, á las que tuvieron la amabilidad de dar acogida en las columnas de su periódico los RR. de "La Voz del Azuay". Mas como un periódico pasa de la prensa al olvido, con mas rapidez que una sombra; por esto, queriendo dar un dia mas de vida á nuestro trabajo, ofrecemos coleccionados aquí los varios artículos que ent6nces publicamos.

La intenci6n que en esto hemos tenido ha sido aclarar algunas dudas en una materia tan delicada y expuesta á alucinaciones; y en segundo lugar, presentar al público, de una vez para siempre, nuestra profesi6n de fe político-religiosa. Cat6licos por convicci6n íntima y profunda, nos gustan los principios depurados sin restricciones ni reservas: tenemos á gala el llamarnos ultramontanos, no sacrificaremos jamas una sola verdad de nuestro dogma ni por los mayores tesoros del mundo; profesamos las doctrinas del *Syllabus* en toda su extension, y acatamos con profunda reverencia la infalible palabra del Pontífice Romano. Por esto, si algo se nos hubiere escapado contrario á las enseñanzas de la Sede Apost6-

lica, nos retractamos de ello desde luego, y suplicamos atribuyan nuestros yerros no á mala intencion, sino á escasez de conocimientos. Diremos más: detestamos la política como un campo indigno de una alma honrada; jamas nos entraremos por sus zarzales, sino cuando veamos enredados en ellos los principios católicos, y cuando, á pesar de nuestra pequeñez, pudieren ser útiles nuestros sacrificios á la religion: en sus aras derramaríamos gustosos la última gota de nuestra sangre. Nosotros no pertenecemos á otro partido que al católico neto y acendrado: sus principios son los nuestros, su bandera la nuestra; en sus filas pelearemos, siquiera sea como ínfimos soldados.

Por esto, queremos ántes de principiar, hacer breves esplicaciones sobre algunos puntos del texto, que quizas no han sido bien comprendidos por ciertas personas: ya sea por la oscuridad con que están redactados, ó ya porque la preocupacion es un prisma que descompone la mas clara y vívida luz. Desde luego harémos notar que no hemos querido decir nada que no estuviera apoyado en doctrinas evidentes de los mas preclaros autores católicos; no habiendo citado adrede á otros por ligera sospecha que hubiera en su contra. La sátira, dice un eminente escritor, es el hilo en que es preciso, á veces, ensartar la verdad, para que vaya derecho á herir el error; mas no hemos querido hacer mucho uso de este hilo, porque mas nos gusta la discusion pacífica de los principios, que la acalorada de los insultos. Por desgracia, éstos son entre nosotros los adornos obligados de toda polémica; y de luego á lue-

go, la prensa viene á convertirse en un pestilente fango; si algunas gotas de lodo empañan nuestro vestido, son las con que nos hemos salpicado, habiendo tenido de asomarnos á orillas de ese fango. Eso sí hemos evitado con esmero el entretrever siquiera el campo terrible de las difamaciones y personalidades.

Alguien ha creído ver en este escrito una apología del Liberalismo: nada de eso; ántes bien, nuestra intencion es quitarle la máscara, y dejarle desnudo y corrido á vista de todos. Cierto, que la palabra es seductora, en su primitivo significado; mas la revolucion lo ha corrompido todo, hasta el idioma. "El espíritu revolucionario, dice Augusto Nicolas, ha tomado los mas bellos nombres de nuestra lengua, y los ha pervertido al apropiárselos ¡LIBERALIDAD, GENEROSIDAD! ¡qué palabras mas bellas!... El *liberalismo* tiene un sonido falso como una moneda de mala ley; la Revolución lo ha falsificado mezclando á él su liga y acuñándolo con su efigie". De aquí es que por mas bella que sea en sí la palabra, por mas pura que sea la acepcion que se le dé en un pueblo, como en todos los demás tiene un sentido falso; juzgamos peligroso eso de apellidarse impunemente *liberales* hombres de rectas ideas y sanas intenciones; y mas valiera ciertamente hacer el ligero sacrificio de un nombre, que exponerse á ser mirados, por los demás, como sospechosos.

Hemos dicho tambien, y nos ratificamos en ello: no se ha de creer que un individuo es *conservador*, porque se apellida así, ni á otro *liberal* porque se califique de esta manera; esto es, hay conservadores de

dañadas ideas que estarían muy bien á lado de Mazzini, y hay liberales muy buenos que podrían hacer compañía á Vouillot; lo cual se explica muy bien entre nosotros, al recordar que todas nuestras disputas son do nombres. ¿Cuántas veces hemos visto á dos partidos rivales tildarse mutuamente de impíos? Y es por esto, que van saliendo fallidas todas las tentativas para aclimatar en nuestro país las denominaciones de conservadores y liberales; porque al fin y al cabo, muchos de esos diferentes bandos políticos sin mas programa que el utilitarismo, ni mas principios que los de la codicia, terminan por bautizarse con el nombre de sus caudillos.

Todo esto pasa en nuestro país por falta de convicciones profundas: no hay carácter entre nosotros, y de aquí la escasez de hombres de que tanto nos lamentamos cada dia. No sucede esto en otras naciones, donde los partidos están bien deslindados y cada uno conoce su puesto; donde los tráfugas y desertores son mirados con iusultante desprecio. Allí los nombres de *conservador* y *liberal*, tienen un sentido muy diverso del que se les quiere dar entre nosotros: en cuanto al segundo, suficientemente explicado está en el texto; respecto al primero óigase como se expresa un importantísimo periódico, *La Federacion Católica*, órgano de todos los círculos católicos de Francia y Bélgica, en su N.º 1.º de Marzo último: "Hemos hablado de un partido conservador.— ¿Dónde está? El partido conservador no es esa muchedumbre inquieta y revoltosa sin conviccion política y sin creencia religiosa, que no anhela conservar mas que su orgullo y su fortuna;

no es esa raza desheredada salida de las escuelas llena de envidias, odios y preocupaciones, con el espíritu torcido, el corazon gastado y la inteligencia extraviada. Ah! no es tampoco ese pobre pueblo que ellos han hecho á su imágen, repleto de envidia, dispacion é impiedad. Conservador es el sacerdote católico que tiene el depósito de las verdades sagradas; depósito que lo conserva intacto, defendiéndolo de los ataques de la revolucion. Conservador es el magistrado que se constituye en salvaguardia y respeto para las leyes, derechos y deberes de la sociedad. Es el padre de familias cristiano que custodia en el respeto el hogar con todas sus santas alegrías. Es el soldado que da su sangre para conservar á la patria, no solamente el territorio, sino tambien el honor, la fé y las creencias. Conservador es *todo el gran partido católico*, esto es, la inmensa mayoría de la nacion, que trabaja y ora, sufre y combate por la verdad" ¿Es así como se entiende entre nosotros la palabra conservador?

Para confirmar mas lo dicho, y no alucinarnos creyendo encontrar un acendrado católico en todo el que se apellida conservador, léase la importante Circular de 8 de mayo del presente año, publicada por el Ilmo. Señor Obispo de Popayan, con ocasion de un católico sincero (así dice la circular) que se separó de la *Sociedad Católica* de ese país, porque siendo él liberal, se le dijo, "que esa Sociedad tan solo tenia por fin dar el triunfo al partido conservador." En ese importante documento, manifiesta el sabio prelado "que los católicos comprometerían los mas sagrados intereses de

la Religión, faltando al primero de sus deberes, si se pusiesen, en las circunstancias actuales, al servicio de cualquier partido político, toda vez que los partidos políticos, *hasta el partido conservador* compuesto en mayor parte de católicos, *cuenta en su seno algunos enemigos de nuestra santa Religión afiliados en las sociedades masónicas*, y con tales elementos no es posible la defensa de la Religión; mas bien que defenderla es traicionarla si se acepta semejante cooperacion." Véase, pues, que no son sinónimos siempre los nombres de conservador y católico; así como puede tambien haber algun católico sincero bajo el apellido de liberal. Los nombres nada son sin los principios.

No ha faltado quien nos calumniara, asegurando que al gran Pontífice reinante le habíamos dado el dictado de liberal; tal cosa no hemos dicho, ni podíamos decir. Lo que si repetiremos siempre es que el papado ha sido, es y será el amigo y defensor de todas las justas y legítimas libertades de los pueblos. Esto es una verdad histórica que no puede ser negada sino por la ignorancia ó el cinismo. El otro dia abriendo al acaso la Historia Eclesiástica, nos encontramos con la respuesta de Nicolao I á las consultas de los Búlgaros: qué testimonio ese tan elocuente á favor del hecho que aseguramos; y eso entre la mas negra oscuridad de la Edad Media. En ese documento reprende el Papa al rey Bogoris por haber condenado á muerte á todos los Grandes de su reino tomados en una sedicion; en él se manda perdonar á los prisioneros, y se prohíbe el uso del tormento. Desde entonces

acá, cuántas pruebas no podríamos reunir á favor de nuestro aserto.

Pero nada es mas terminante á este respecto que la vida asombrosa del gran Pio IX. ¿Qué tiranía no ha sido condenada por él; qué miseria humana no ha encontrado remedio en ese corazon magnánimo; qué esclavo no ha visto humedecidas sus cadenas por las lágrimas del Pontífice mártir? A los presidentes y á los emperadores se ha hecho oír su sonora voz, terror de los déspotas. Allí están los irlandeses de ayer: allí los alemanes de hoy. Hasta los mismos impíos se han visto obligados á confesar esta verdad; así, en 1850, cuando tanto declamó la prensa incrédula contra el restablecimiento de la gerarquía católica en Inglaterra, el *Globe* llamó al Papa "formidable enemigo del despotismo europeo." Pero nada conmueve tanto como la lectura de esas cartas en que Pio IX reparguye al Czar por sus crueldades contra la infeliz Polonia? ¿Quién no ha leído esa terrible alocucion en que el oráculo inspirado clamó altamente contra "el potentado *insensato*", "el cismático arrojado del seno de la verdadera Iglesia, que oprime y mata a sus vasallos católicos, por sus rigores impelidos á la insurreccion?" entónces concluyó diciendo: "Y nadie suponga que al levantarme contra el potentado del Norte fomento la revolucion europea; distingo muy bien la revolucion social del derecho y la libertad razonables, y si protesto, es para descargo de mi conciencia." El mundo todo quedó estupefacto de este valor inaudito; por todas partes se le tributaron mil homenajes de admiracion; en las cámaras de Turin, el Señor Brofferio,

uno de los adversarios mas acérrimos de la Santa Sede, exclamaba entre entusiastas aplausos: " Cuando veo á un anciano fatigado, enfermo, sin recursos, sin ejército, al bordo del sepulcro, que maldice a un potentado porque deguella á un pueblo, conmuévase todo mi ser, y me juzgo trasladado al tiempo de Gregorio VII, inclínome y aplaudo". Si, quienes insultan á los Papas de amigos de la tiranía, son ignorantes ó cínicos.

Algunos, en la página 33 de nuestro opúsculo, donde decimos que á veces es necesario "abrir cauce al torrente del mal," se han asustado cobardemente, y han creído ver en ésto proclamada la libertad del mal. Nada de eso. Jamas admitiremos que sea lícito á un gobernante consagrar la libertad del mal, lo que es precisamente el principio del liberalismo; lo que hemos dicho es, que, á veces, es necesario tolerar un mal, á trueque de evitar otros peores. Una cosa es el mandato, otra el permiso, otra la tolerancia: de esta última hemos hablado. ¿Quién asegurará, en efecto, que sea prudencia, extirpar bruscamente un mal, si de ello han de resultar otros mas terribles é incurables? Ahora, cuándo se haya de arrancar, cuándo de tolerar un mal: eso es cosa que aconsejarán las circunstancias. Lo que sí aseguramos es que el gobernante está obligado á promover el bien y castigar el mal.

Algunos otros puntos quedan todavía que necesitarian explicacion para algunos; pero como es imposible alargarnos mas, suplicamos á estos señores, lean nuestro modesto trabajo, sin preocupacion, y creemos que no encontrarán entónces en él más

que la doctrina católica, que se aparta de los extremos y descansa en el medio.

Pocos dias han bastado para ver la confirmacion práctica de las doctrinas que habiamos establecido: á la sombra de la revolucion mas juicua que jamas ha herido á nuestro país, hemos visto traiciones de Judas, luchas de Caín y horribles decepciones: todo un mundo de esperanzas se ha deshecho en nieblas, y en frente no tenemos mas que un porvenir horroroso. ¿Cuántos quedarán firmes en sus principios? ¿Cuántos desertores de la sagrada causa no escandalizarán á los pequeñuelos! En medio de esto, debemos decir, que tanto del bando conservador como del liberal, hemos contemplado salir hombres inteligentes y desinteresados que se han puesto en la pendiente del sacrificio, con todo el valor patriótico de héroes! Gloria á estos!

Para concluir dirémos que una es la teoría y otra la práctica, y muchos sueños dorados de la primera, son tristes realidades en la segunda. Esta mísera vida es lugar de prueba y mérito; de aquí, que la felicidad, tanto individual como pública, sea un vano fantasma tras el cual corremos infatigables sin alcanzarlo jamas. Y si esto pasa en naciones viejas, qué diremos de las nuevas? Nuestros pobres países son un embrión de sociedades, donde aún impera el caos. No podemos dar un paso en la libertad sin tropezar en la tiranía. La libertad es un anacronismo para nosotros, y nosotros somos un anacronismo para el siglo XIX: somos á semejanza de Pompeya, un pueblo fósil con todas las tiranías de la Edad Media,

al lado de las naciones libres que nos rodean. La libertad nos fastidia, el despotismo nos hace falta: quien quiera implantar entre nosotros un sistema verdaderamente republicano, será la burla de todos; será considerado como un idiota, como un gobernante débil y apocadado. Si nos dan la libertad, la arrojamos al fango del libertinaje: nuestras tradiciones, nuestros hábitos, nuestra poca cultura, nuestra falta de carácter, todo reclama la vara del despotismo ¡Oh! esto es el suplicio de Sísifo: llevar á cuestas el sistema republicano a sentar su inmensa mole en la cumbre, y entónces verlo rodar de nuevo para hundirse en la sima de donde salió! ¿Cómo ha de reinar la libertad entre nosotros, si todo es odio, rencor y avaricia? Los partidos se baten de muerte, y caen cadáveres unos sobre otros, bien así como los varios estratos terrestres nos manifiestan las revoluciones del globo. No hay amor á la Patria sino á los destinos, y por el puesto miserable de un día se esprime la sangre del pueblo, se escancia las lágrimas de los infelices. No: ya que la libertad, no es para nosotros: soñemos siquiera en ella.

Julio Matovelle.

EL CATOLICISMO Y LA LIBERTAD.

I.

Larga y terrible es la lucha que tiene que sostener la verdad contra la mentira; siempre en la brecha, siempre con las armas en la mano, siempre victoriosa y jamas vencida; he aquí cómo se nos presenta esa hija del cielo, en oposicion con el error, pavoroso fantasma del abismo. Y, como la Iglesia santa es el incontrastable baluarte de la verdad, de aquí el odio inveterado que la profesan todos los que andan desviados del recto sendero, todos los que viven encenagados en la ambicion y el orgullo, todos los que anhelan la menguada prosperidad del mundo, á trueque de la gloria eterna del paraíso. Admirables y portentosas son las obras del Omnipotente! ved: inmóvil y firme está, como un peñasco de pórfido, esa divina religion, azotada sin cesar por el océano tempestuoso de las humanas pasiones. ¡Por qué, por qué es tan odiada esa vírgen del empiro, que, si posa su planta sobre este globo, es únicamente por amor á los hijos de Adán? Y, sin embargo, mirad á estos ingratos: unos se le acercan retorciéndose como víboras y le hincan el diente envenenado; otros la besan, como amigos, para venderla infamada por vil y miserable precio. ¡Cuán

pocos son los que la aman, cuán escasos los que la reverencian!

Si registráis los anales de la humanidad, no encontrareis obra alguna grande, benéfica institucion ó saludable doctrina, que no haya sido promovida ó predicada por la Iglesia. Bajo su manto han anidado todas las naciones ilustres, y ella ha coronado á todos los genios. Y con todo, error tras error, golpe tras golpe, se la hierre y se la insulta con nefanda impudencia. Y lo que es mas escandaloso todavía, hasta en los mismos pueblos que se intitulan católicos, hay ciertos hombres que, por una aberracion inconcebible, escupen y befan á la madre cariñosa, que con tanta ternura les sustenta y acaricia. Ved, si no, cómo ciertos escritores, que se dicen católicos y fervorosos católicos, han tomado entre nosotros la infame tarea de calumniar á nuestra santa y divina religion. Oídes cómo razonan: "La Iglesia, dicen, es enemiga de la libertad; el que es católico no puede ser ciudadano, ni abrir jamas los labios para protestar contra la injusticia, ni pedir la vindicacion de un derecho; para el católico no hay mas que la mordaza del esclavo: ó renunciad al catolicismo, ó aceptad silenciosos el yugo de la servidumbre; porque, tenedlo bien entendido, el católico ha de ser ene-

migo de la libertad". ¡Cuántas blasfemias, Dios santo! ¡Y así se insulta á la verdad! y no hay quien se levante y les diga: no, falsos apóstoles, mentís y calumnias, quereis derrocar el catolicismo y medrar sobre sus ruinas?

Varias veces habíamos leído en periódicos americanos, que se dicen rojos y radicales, frases como estas: "La Iglesia es la antagonista de la república"; "Mientras la América permanezca en el seno del catolicismo, apénas podrá ser una república de apariencias"; "Si quereis encontrar pueblos verdaderamente civilizados y libres, id allá lejos, donde la doctrina protestante ha derrotado el fanatismo católico, que entorpece á medio mundo de Colou". Esto habíamos leído y nos habíamos indignado; mas callábamos, al considerar que la magnitud misma de la calumnia la hacia demasiado deforme para ser creida; y ahora, que volvemos á leer en un periódico que se dice católico, "que la Iglesia está reñida con la libertad de los pueblos", nos es ya imposible callar. Que los impíos desacrediten el catolicismo, para arrojarlo lejos de nuestro continente, se comprende á primera vista; pero que individuos que *oyen misa* infamen así á la peregrina del cielo, esto no se comprende. Mañana, cuando asome la falange atea y ponga el hacha al muro de nuestros santuarios, gritarán: "Vosotros mismos dijisteis que la Iglesia es enemiga de la libertad y el progreso: ¡fuera, pues, la Iglesia! abajo los altares!" Y, si ahora callamos, qué podremos responder entónces? He aquí, porque escribimos esto, aunque débiles é indóctos, para que no se diga que hemos hecho causa comun con los impíos.

Si callan los grandes, hablen, al ménos, los pequenitos; no está bien que oigamos en silencio las burlas y los insultos lanzados contra nuestra santa y querida Madre. Vamos, pues, á probar que el catolicismo es hermano de la verdadera y legítima libertad, y que jamas el Evangelio ni el Papa han dicho que el católico debe ser esclavo, ni que es una herejía abogar por un derecho, cualquiera que este sea.

Antes de todo, debemos advertir que no venimos á hablar aquí con fin alguno de bandera; no debemos ni queremos insultar á nadie; no pertenecemos tampoco á ningun partido, porque somos primera y únicamente ecuatorianos. Lo que sí haremos es una pregunta: ¿por qué la prensa en nuestro país, como en los demas de América, se ocupa con tanta asiduidad de política y de religion, con entero olvido de las ciencias, artes, agricultura y otros muchos conocimientos, infinitamente mas provechosos para una nacion? Qué tiempo tan mal gastado es el que se emplea en los azares del periodismo! Hoy se presenta un error, mañana otro, y de este modo se pasa la vida en una estéril lucha de caprichos y necias ambiciones. Estas repúblicas de América se parecen al Bajo Imperio, en sus últimos años. Los turcos estaban ante las puertas y los fatuos bizantinos se ocupaban en disputas teológicas y en tramas revolucionarias. Así es entre nosotros: la bancarrota, la miseria y la conquista golpean ya á las puertas, y nosotros no sabemos hablar mas que de revoluciones ó de teología. Y aun hay otra cosa peor: el periodismo no tiene entre noso-

tros la dignidad de esas justas caballerescas de la Edad Media, en las que el vencedor daba la mano al vencido; sino que tiene toda la furia y el rencor de un combate de iroqueses, en el que el victorioso arranca la cabellera y hiende el cráneo del prisionero rendido. Esto decimos, para que se vea, con cuánto disgusto nos echamos áuestas este trabajo, y obligados solamente del deber y la conciencia.

II.

Empezemos. El catolicismo y la libertad no son entre sí opuestos de manera alguna; ántes se hallan tan estrecha é íntimamente ligados, que no pueden existir el uno sin el otro. En efecto, la libertad, tomada en el único sentido verdadero que tiene, es la facultad de elegir los medios conducentes á nuestro último fin; es la aptitud de ejercer expeditamente nuestros derechos, sin traba ni coaccion alguna. "Se llama libre, dice un célebre publicista, (a) un principio cualquiera de actividad, considerado en cuanto no está sujeto contra naturaleza." Dos son los enemigos de la libertad: la ignorancia y las pasiones; la una ofusca la inteligencia y las otras atan la voluntad, é impiden así que pueda el hombre elegir lo que le es conveniente. Ahora bien, el catolicismo es el único depositario de la verdad indefectible y la moral pura; es por tanto, el único que ilustra con claridad el entendimiento y guía con firmeza la voluntad; luego, no se puede ser libre sino bajo el amparo de esta her-

mosa y divina religion. "La verdad os hará libres," ha dicho el que es la infinita sabiduría, y por esto, solo el catolicismo es el que engendra la libertad.

He aquí cómo ningun gobierno debe ser mas católico que el democrático; pues en él goza el pueblo de mas garantías que en los otros, y el poder se halla más impedido para ejercer la tiranía; y soberanos que no se dejen tentar por las dulzuras del absolutismo, y pueblo que no abuse de su soltura y libertad, esto no se hallará nunca sino en una nacion en que estén muy arraigados los principios del deber y la virtud. Hasta esas farzas antiguas de república, como las de Grecia y Roma, no se encuentran sino en la infancia de las sociedades, no corrompidas aun por el lujo y los placeres. República sin hábitos católicos es imposible: la revolucion y la impiedad jamas podrán crear repúblicas verdaderas y durables, sino, á lo mas, ficticias y pasajeras, como las de Robespierre y la Comuna. Libertad, paz, progreso y civilizacion son cosas incompatibles con la perversidad de costumbres y el racionalismo. "El órden político, dice el P. Ventura, no puede subsistir sino en tanto que la voluntad de las masas es contenida y dominada por la ley de Dios y la ley humana. Allí donde la ley de Dios rige en todo su vigor, la ley humana tiene poco que hacer, y es posible la libertad política; pero allí donde la ley divina ha perdido su ascendiente sobre los espíritus para contenerlos, la ley humana tiene que desplegar por todas partes mas fuerza y severidad, y al despotismo viene á ser una necesidad. . . . Allí donde el pueblo se ha convertido en

(a) Taparelli, "El Gob. represent." t. 1. c. v.

materia, las teorías liberales son un anacronismo y un peligro social; por consiguiente, solo el absolutismo es posible, y la fuerza debe reemplazar al derecho, porque la materia (b)". puede ser dominada por la fuerza solo. Para ejemplos, la España republicana de Castelar, Méjico y Venezuela.

El absolutismo es un principio completamente pagano, que no se encuentra en la doctrina, ni en la historia, ni en el espíritu de la Iglesia. Los defensores de la tiranía, los partidarios del despotismo, por mas que blasonen de católicos, no son mas que paganos y sólo paganos. El mundo entero yacía, como un inmenso cadáver, cuando la luz del Evangelio asomó por primera vez en el horizonte de las naciones; y el Evangelio fué el que resucitó al cadáver. Y ¿por qué era el mundo un cadáver? porque el despotismo lo habia dejado sin movimiento ni vida: el estado general de la humanidad era entónces la esclavitud; pocos, poquísimos, eran los hombres libres; los demas no eran mas que cosas. La familia estaba entregada en manos de la tiranía paterna, como un vaso de arcilla, que se podia romper sin el menor cuidado; y la nacion se abatía como un miserable rebaño, ante el brazo omnipotente del *Divino César*. La Iglesia fué la única que suavizó, poco á poco, la abyecta condicion del esclavo, hasta obtener su completa libertad. La Iglesia dignificó á la mujer y ennoblecíó á la familia, haciéndola sagrada. La Iglesia, por último, combatió infatigable é intrépida por las libertades políticas de los pueblos. Y, cuando, al avanzar de las edades, los

hijos del Norte inundaron la Europa, el catolicismo, siempre del lado de los débiles, volvió á combatir intrépido á favor de la raza conquistada. El desató al siervo del terruño y rompió las cadenas del feudalismo. El derecho público de aquellos tiempos habia puesto la salvaguardia de las naciones en manos de los Pontíficos; y cuántos soberanos no fueron depuestos de sus tronos, por haber oprimido á sus pueblos y derramado sangre de hermanos! Teodosio, el mas grande de los emperadores católicos, al decir de un historiador, en un acceso de cólera, habia ordenado la matanza de Tesalónica, y, cuando quiso asistir á los divinos oficios, el arzobispo de Milan le detuvo en las puertas del santuario; diciéndole: "Yo no me atrevo á ofrecer el sacrificio, si vos pretendéis asistir á él; si el derramamiento de la sangre de un solo inocente bastaria á vedármelo, ¿cuánto mas siendo tantas las muertes inocentes?" Esto hacían y esto decían los obispos de entónces, y es así como el mundo ha llegado á saber lo que es la libertad política. Tema tan vasto y tan inagotable es este, que con su desarrollo han adquirido fama de sabios, innumerables controversistas católicos. Verdad es esta, confesada hasta por los protestantes y los impíos, y que solo la hemos visto negada, con tamaña impudencia, entre nosotros. Pues, ¿no oís como dicen, ciertos hipócritas "que el catolicismo es enemigo de la libertad, y que el que es partidario de la libertad política de un pueblo, ese ha sido ya condenado por el Papa?"

Con razon decía Bálmes: "Levántase el pecho con generosa indignacion, al oír que se achaca á la re-

(b) Poder Público, C. 2, § 6.

ligion de Jesuérsto tendencia á esclavizar. Cierta es que, si se confunde el espíritu de verdadera libertad con el espíritu de los demagogos, no se le encuentra en el Catolicismo; pero, si no se quieren trastocar monstruosamente los nombres, si se da á la palabra libertad su acepcion mas razonable, mas justa, mas provechosa, mas dulce, entónces la religion católica puede reclamar la gratitud del humano linaje: *ella ha civilizado las naciones que la han profesado; y la civilizacion es la verdadera libertad (c).*"

Esto, que se encuentra en la historia de la Iglesia, se halla tambien en la doctrina evangélica y en los escritos de todos los grandes maestros y doctores de la religion. "De la boca de un Apóstol, dice el mismo Bálmes, salieron aquellas generosas palabras que encierran nada ménos que una severa limitacion del poder político; que proclaman nada ménos que la doctrina de que este poder no debe ser reconocido por el individuo, cuando se propasa á exigirle lo que este cree contrario á su conciencia: *obedire oportet Deo magis quam hominibus*....."

"No se dirigia tan solo á las clases elevadas, ni á los filósofos, sino á la generalidad de los fieles la lumbrera del Africa S. Cipriano, cuando comprendia en pocas palabras toda la grandeza del hombre, y rasgueaba con osada mano el alto temple en que debe mantenerse nuestra alma, sin atollar jamas. "Nunca, decia, nunca admirará las obras humanas quien no conociere hijo de Dios. Despéñase de la cumbre de su nobleza quien puede admirar algo que no sea Dios (d)." Léanse las brillantes palabras de

S. Pablo sobre la libertad, y las vehementes protestas de los primeros apologistas contra el despotismo de los Césares; léanse las enérgicas frases de S. Gregorio Nacianceno contra el apóstata Juliano, y se verá que no ha habido nunca protectora mas intrépida de las libertades públicas y religiosas que la Iglesia. ¿Qué importan, pues, en presencia de esto, las viles calumnias, que algunos de los nuestros lanzan desafortados contra la redentora del mundo ?

III.

El paganismo es la religion de los grandes, los poderosos y los ricos; el catolicismo, la religion de los pequenuelos, los débiles y los pobres. El paganismo divinizó á los Césares, los déspotas y los conquistadores; el catolicismo canoniza á los esclavos y los mendigos; el paganismo levantó aras á la vanidad y la soberbia; el catolicismo pone en el trono de las virtudes al desprendimiento y á la humildad; el paganismo, en suma, es la religion de la tiranía, y el catolicismo es la religion de la libertad. Secta de esclavos, es la injuriosa calificacion que daban los orgullosos patricios romanos, á nuestra santa y divina religion; y en efecto los esclavos fueron quienes conquistaron el mundo y plantaron la cruz, suplicio de esclavos, en la cumbre del Capitolio y en la corona de los reyes. El despotismo, para consagrar sus excesos, se había revestido de los esplendores de la teocracia y, desde la trípode de las sibilas, dominaba altanero hasta en el santuario de la conciencia; pues bien, el catolicismo puso la segur á la raíz del árbol, echó abajo los altares del ídolo y

(c) El Protost. tom. I, C. 13.

(d) Ib. Ib. C. 14.

profanizó á los dioses. Id á Roma, penetrad en esa veneranda é inmensa necrópolis de héroes cristianos, que se llama las Catacumbas, admirad los horrorosos instrumentos de suplicio dibujados sobre las ensangrentadas criptas, y ved, cuánto ha costado al catolicismo la redención del mundo ¡Más de diez y ocho millones de mártires! qué os parece? Y, sabéis ¿por qué murieron los mártires? Por no sacrificar la libertad de su conciencia á los edictos de los Césares.

Otra incalculable ventaja resultó también de este reñido combate de tres siglos, y fué colocar á los esclavos en los altares de la humanidad. Sí, el catolicismo fué el primero y el único que dió la mas cumplida realizacion á las sagradas palabras de *Libertad, Igualdad y Fraternidad*; él fué el que hundió en el desprecio la aristocracia del orgullo y sublimó en su lugar á otra mas pura y legítima, la aristocracia de la santidad. Registrad desde entónces las páginas de la historia y, encontrareis á exclarecidos monarcas esforzándose por igualarse á sus vasallos y aun descendiendo mas abajo que ellos en los abismos de la humildad y la pobreza. Los santos han sido los mas eminentes demócratas, los únicos que han sido *libres*, y se han *igualado* con los miserables y han *fraternizado* con los desgraciados.

Ved aquí de donde procede la *Democracia*, esa orgullosa heroína de los tiempos modernos. Su cuna fué la cruz, su hogar las Catacumbas y su fuente de bautismo la sangre de los mártires. Vedla, despues, desarrollándose con los *Comunes* de la Edad Media, instruyéndose en los

claustrós de los monasterios, y agigantándose bajo la bóveda de las catedrales góticas. Sí, la Iglesia es democrática y la democracia es católica: no os asusteis, si mirais sobre sus hombros el manto de Bruto, y en sus manos la cimitarra de Judit: la democracia cristiana no es cruel ni sanguinaria; es sí amiga de la justicia y terror de los tiranos.

Todas las repúblicas modernas son hijas de la idea católica: la impiedad y el racionalismo no han engendrado mas que la anarquía terrorista y turbulenta, repúblicas de serpientes, pero no de hombres. El cocotero que se levanta en las orillas del Daule, deja caer su preciado fruto en las aguas, resguardado por tosca y profunda corteza; dentro de ella viaja el fecundo y precioso germen, y cuando las ondas del rio van y depositan su carga, allá en una lejana ribera, rompe el embrión su cápsula, la corteza se pudre y aniquila y la palma arranca á los cielos sus frondosos y verdes abanicos. Esto es lo que ha pasado con la gran República del Norte: la idea católica viajó oculta entre el culto cuáquero y presbiteriano, desde las playas de Europa, á la fértil márgen de la risueña América y, una vez arraigada en esta el precioso germen, mirad, la corteza protestante se pudre y aniquila, y sola se levanta á los cielos la robusta palma del Catolicismo.

Mas hal por una funesta desgracia el paganismo se levanta otra vez, resucitado de su tumba de diez y ocho siglos, y está cubriendo con sus alas de muerte casi toda la Europa y una mitad de la América. La demagogia y el Cesarismo, estos dos horrosos gemelos, aunque por distintas vias tie-

den a un mismo fin, la tiranía, la que se está paseando en triunfo de un extremo al otro del globo. Los pueblos renegaron de Dios y hélos allí, caídos otra vez bajo el látigo de los despotas. "¿Cuál es la situación política y social de este continente?" se preguntaba no ha mucho, un célebre periódico europeo, y el mismo se daba esta respuesta: "Es una vasta red de cesarismos, tendida sobre todas las naciones. Europa está hoy viendo morir la vida social de los pueblos, bajo la bárbara presión de dictaduras militares; el derecho está hoy conculcado por la fuerza bruta, y desde las sagradas y augustas prerrogativas del Pontífice—Rey, hasta la última franquicia municipal de la mas insignificante aldea, toda sombra de libertad va pereciendo, para dejar exclusivamente la dominación al régimen del sable." Esto acontece en Europa; y en América? No es en verdad mas alhagueña la situación del Nuevo Continente: repúblicas hay por do quiera, pero libertad casi en ninguna parte. Los mas entusiastas aduladores del pueblo, luego que se han adueñado del poder, se olvidan de sus compromisos, y se convierten en despotas pequeñuelos: la libertad electoral, base del sistema republicano, se va convirtiendo en una verdadera farza y en una especie de palestra, donde lucen únicamente la desvergüenza de las facciones y la usurpación de las bayonetas: el peculado está dando al traste con los mas insignes patriotas; y todas las garantías sociales no son mas que letra muerta, ante las maquinaciones de la ambición. Esta es, poco mas ménos, la situación de nuestro continente.

Y ¿cuál es la razon de todo es-

to? ¿Dá de que va resucitando la idea pagana; mientras en el Norte de América crece el catolicismo, en el Sur va medrando mas y mas la idea protestante, é inerédula, en perjuicio de la católica; y así, cuando los hijos de Washington se han convertido al catolicismo, nosotros nos veremos tambien convertidos á la incredulidad. Y de este modo, dos razas nuevas, y ardorosas creyentes bajarán de las nieves del Arctico, para purificar los dos continentes degradados por la tiranía y la molicie, y ajudos por el escepticismo.

En medio de este cuadro sombrío, la Iglesia es la única que se presenta batallando intrépida tanto en el antiguo como en el nuevo mundo, á favor de los pueblos oprimidos y burlados. Y cuenta que no hablamos aqui de las libertades religiosas, sino muy especialmente de las políticas, como cosa que el catolicismo ha tomado bajo su guarda y proteccion. Abramos, pues, la historia de nuestros dias, y veremos á los mas eminentes católicos, á los prelados mas celosos, y hasta al mismo actual y glorioso pontífice, combatiendo de lado de los débiles, y esforzándose generosos por dar libertad á todos los encadenados, á todos los que gimen bajo la presión de poderosos inicuos.

IV.

Era el año de 1793. Al principiar la primavera, y en un buque que navegaba con rumbo á Inglaterra se agrupaban tres jóvenes irlandeses y proyectaban nada ménos que liberar á su desgraciada patria. Los dos mas violentos y fogosos contaban entusiasmados varios lances de la revolucion francesa, á los que habian a-

sistido; uno de ellos relacionó, como para ver mas de cerca la muerte de Luis XVI, tomó el traje nacional, y tuvo en pago, la *satisfacción* de empapar su pañuelo en la sangre del *tirano*; y al ir á enseñar el horrible trofeo en muestra de lo que decia, se separó bruscamente de ellos el tercer jóven, que aunque animado de ideas de libertad, tenía la gravedad y la mesura de un octogenario tribuno. Cinco años despues, agonizaban en un patíbulo los dos hermanos Sheares, en pena de su imprudente patriotismo, y el otro grave y mesurado jóven, que era nada ménos que el gran Daniel O' Connell, se preparaba con generosa valentía, á libertar á la Verde Erin de la cárcel de la esclavitud; eso sí por las vias legales y por los senderos de la justicia. Y qué! alcanzó á realizar tan osado y magnánimo ensueño?

Un dia se celebraba en Clare el triunfo de una eleccion para el parlamento: una inmensa multitud se hallaba reunida con este motivo, y escuchaba atónita á uno de los mas grandes oradores modernos. La bóveda de los cielos por dosel, la yerba de los prados por alfombra: se levantaba en medio de todos un titán de nueva forma, que entre la transfiguracion de su gloria y su elocuencia, hablaba así á la hermosa y esclavizada Irlanda. "Los hombres de Clare, gritaba con voz electrizadora, saben que la única base de la libertad es la religion: han triunfado porque la voz que ahora se levanta por la patria habia ántes exhalado su oracion al Señor. Ahora, cantos de libertad resuevan en nuestras verdes campiñas; estos sonidos reco ren las colinas, han llenado los valles, murmurar en las on-

das de nuestros rios y torrentes, y con su voz de trueno gritan á los ecos de nuestras montañas: "La Irlanda es libre!" ¿La Irlanda es libre? ¿Quién es el que se atreve á proferir ilusion tan imposible como halagüeña? Venid y vereis, quién es el que anuncia al mundo que la Irlanda es libre.

Penetrad en el soberbio recinto del magestuoso parlamento ingles, mirad que estais en la cámara de los comunes: una agitacion desconocida conmueve todos los ánimos; se trata de libertar á Irlanda y tal proposicion es escuchada como una blasfemia por los hijos de la orgullosa Albion: y á esto se levanta, airado y rebosando de indignacion, un hércules de prodigiosa talla, que, mirando atrevida y desdenosamente á sus adversarios, exclama de esta manera: "Jamás cometeré el crimen de desesperar de mi país; y hoy, al cabo de doscientos años de dolores, vedme aquí, en pié, en este recinto, repitiéndoos las mismas quejas, pidiéndoos la misma justicia que reclamaban nuestros padres, pero no con voz humilde y suplicante, sino con el sentimiento de mi fuerza y con la conviccion de que la Irlanda de hoy mas sabrá hacer sin vosotros, lo que vosotros rehuséis hacer por ella. Ningun compromiso tomo con vosotros; quiero los mismos derechos para nosotros que para vosotros, el mismo sistema municipal para Irlanda que para Inglaterra y Escosia. De otra suerte, ¿qué significa nuestra union con vosotros? uua union de pergaminos? Pues bien, rasgaremos esos pergaminos y el imperio quedará dividido!" (c)

(c) Timon. Libro de los Orad; en O' Connell.

V al decir esto, caian estre- pitosas, sobre el pavimento, y rotas en mil pedazos las cadenas seculares de la Irlanda. Así saben hablar los católicos, lo escucháis?: pues este es Daniel O' Connell, la mas pura gloria del siglo XIX, y honor de la calumniada Iglesia. Que digan Lacordaire, el P. Ventura y el mismo Pio IX, quién es O' Connell, y despues admirad cómo hablan los católicos. Conque los católicos tambien pueden desafiar á los déspotas y defender, impertérritos, los derechos políticos de un pueblo ultrajado y pisoteado? No estará condenado O' Connell, por *liberal*?

V.

Mas todavía. Los verdaderos católicos no solo elevan la voz de la elocuencia, sino que tambien saben tomarlas armas, para defender valerosos, contra los opresores, sus derechos violados. Id á ese pequeño país que se extiende á la falda de los Alpes, resguardado por ventisqueros y lagos. El radicalismo pretende introducir la anarquía en las leyes; la Helvecia arde en llamas, y los Cantones católicos sostienen denodadamente sus derechos, contra la gran mayoría de los Cantones protestantes, en la heróica, aunque desgraciada, guerra del *Sonderbund*. Bueno estaria eso! conque uno, por ser católico, se habria de estar inerte, ante las asechanzas del absolutismo? No, guardaos, que esos que con piel de oveja os predicán la servidumbre, son lobos que os quieren entontecer, para devoraros en nombre de la religion.

Escuchad aun cuál es el lenguaje de los católicos genuinos, al dirigirse á los poderes arbitrarios. Por todo ejemplo que pudiéramos poner,

baste el que sigue, por ser mas nuevo y elocuente. El segundo Congreso Católico de Florencia, reunido en noviembre del año pasado, ántes de disolverse, redactó un programa destinado á protestar contra los atentados políticos y religiosos del gobierno italiano, y á indicar los medios de que se habian de valer, para combatir los referidos abusos. He aquí algunos acápites del mencionado programa: "En las graves circunstancias, principia, en que se encuentran al presente los católicos en Italia, no basta solamente desarrollar buenas instituciones, que sirvan para la vida privada; conviene tambien pensar seriamente en lo que mira á la vida pública de los católicos, sumamente amenazada en su movimiento. Se dice que nosotros somos favorecedores de invasiones y catástrofes en nuestra patria; pero esta es una calumnia baja, con el designio de atraer sobre nosotros el odio y el desprecio. La rechazamos, pues, con toda la fuerza de nuestra alma. Nosotros sufrimos sin aceptarlos, los hechos consumados, y protestamos, como verdaderos católicos, con el Santo Padre, contra lo que se ha hecho de inicuo é injusto: nosotros no conspiramos, no prestamos nuestras manos para obras de sangre, prohibidas por las leyes de la Iglesia, por el amor de la patria y la conciencia (f). En frente de la Iglesia expoliada...., los dias de fiesta profanados impunemente, la libertad de enseñanza prohibida ó destruida,

(f); Qué lenguaje tan distinto el de los católicos de Italia, del de algunos católicos del Ecuador! Estos, á diferencia de aquellos han bebido el escabel de la tiranía y han puesto sus manos en "obras de sangre". Cuáles serán, pues; los verdaderos católicos, los de Italia ó los absolutistas del Ecuador?

el orden administrativo y económico en el colmo de la injusticia y la confusión, nosotros usaremos, como católicos y como ciudadanos, de todos los medios legales que nos están todavía permitidos, para oponernos constante y firmemente á este inmenso diluvio de males, y para reparar por grados sus estragos". Protestan, en seguida, no hacer uso de medios prohibidos por el Jefe Supremo de la Iglesia, y continúan: "Así, estando prohibidas las elecciones políticas en las circunstancias actuales, nos abstendremos de ellas. Por el contrario, habiendo sido declaradas licitas las elecciones provinciales y municipales, tomaremos parte en ellas, sin desalentarnos por la falta de éxito, casi inseparable de todo principio de acción humana. La dilapidación de los caudales públicos por una mala administración, los gastos hechos según el capricho de las municipalidades y del gobierno, y la ligereza con que es aprobado todo, por aquellos que deberían ejercer una censura severa, han ocasionado deudas enormes á cargo de las ciudades y del Estado. Ningun católico italiano puede considerar este estado de cosas, sin una grave inquietud. Católicos italianos, unámonos y entremos en una misma falange. Obremos por todos los medios legales, socorramos á nuestra patria en su peligro extremo. No es la religion la que, con sus santos principios, lleva el desorden á los pueblos, sino la irreligion y la impiedad: no es la moral de los católicos la que conduce las naciones á las catástrofes, sino la pseudomoral del liberalismo revolucionario moderno, (u) la pseudomoral del ateísmo

(u) Claramente, en el Ecuador nadie debe ser condenado como liberal católico, nadie mas

y de la corrupcion, la pseudomoral de la libertad del mal y de la guerra encarnizada contra la libertad del bien". ¿Si estarán condenados como liberales, estos católicos de Italia, que reconocen que hay una libertad del bien, y que se valen de ella para declamar contra los abusos del poder, y combatir en pro de su bienestar religioso y político? ¿Condenados? Ah! escuchad cómo aprobó el Pontífice el referido programa, en una *carta latina*, dirigida á los miembros del congreso. "En verdad, dice, todo lo que proponéis en este programa es de tal manera conforme á nuestros deseos, que frecuentemente en nuestros discursos públicos hemos expresado los mismos votos"; y concluye excitando á todas las sociedades católicas de Italia, á unir sus esfuerzos, para obtener los *resultados indicados*.

¿Quereis, ahora, saber cuál es el lenguaje y cuáles las ideas de los obispos y de los mas ilustres preladados, sobre el punto en que venimos ocupándonos? Pues, valga tambien otro que ciertos cristianos, que profesan paladinamente los principios del "liberalismo revolucionario"; con la revolución subieron al poder, con ella quisieron triunfar en la lucha electoral, y ya veréis cómo mas tarde han de apelar á ella, para trastornar la nacion. Los nombres nada significan sin los principios; y mientras que los liberales genuinos han andado siempre camino de legalidad y de justicia, y hasta en el poder conservan ileso su credo político, á riesgo de ser tachados como débiles y pasilámines; mientras que los mismos, aun á riesgo de mantener ciertas ataduras peligrosas para la libertad, han querido la reforma legal y no el cambio brusco de la constitucion; los políticos maniacos son absolutistas en el poder y demagogos como partido: contemplados, ya van variando poco á poco de piel, y cuando llegue la hora los veréis con el hacha revolucionaria en las manos. Estos, estos y no otros son los condenados por el Papa, como liberalistas, como lo demostraremos adelante.

ejemplo, por los innumerables que abundan en la materia. Desde hace mucho tiempo se ha deplorado en Francia el monopolio de la enseñanza universitaria; con este motivo, todos los católicos verdaderos y sabios preladados, y mas que todos Mons. Dupanloup, han abogado incansables por la libertad de enseñanza, tan necesaria en ese país, para rescatar á los jóvenes de una educación materialista y atea. Pues bien, discutiéndose en la Asamblea Nacional, la ley relativa á la enseñanza superior, el ilustrado obispo de Orleans defendió tan elocuentemente el proyecto de universidades libres, que al cabo obtuvo el triunfo. En su discurso, notabilísimo por mil respetos, hallamos frases como estas: "La religion y la libertad lo han creado todo; la tiranía revolucionaria y la impiedad todo lo han destruido". "La libertad y la emulacion son la vida, son la llama creadora": "Salvo raras excepciones no hay sino una voz para decir que la libertad es el único remedio eficaz, si no inmediato, cierto, por lo ménos, para los males que deploramos". Véase, pues, que no toda clase de libertad está condenada por la Iglesia, y que hay una libertad santa y legítima; que puede abrigarse muy bien en un pecho católico y sincero.

Pero vamos mas directamente á nuestra cuestion de la *libertad política*, y concluyamos por ver si han sido partidarios de ella, no solamente los católicos, sino hasta los mismos Papas. Apénas levantado á la cátedra apostólica, el venerable Pontífice actual, su primer cuidado fué implantar en sus Estados, aquellas reformas políticas, conformes con el espíritu de verdadero progreso y

libertad. Cierto, que la revolucion abusó impiamente de la paternal clemencia de Pío IX; pero quien hizo entónces mal fué la revolucion, y no el Papa. Diferentes opúsculos se escribieron con esta ocasion, unos para censurarle y otros para defenderle: los absolutistas de la escuela de Metternich, mal amañados con todo lo que no es abyeccion y servidumbre, se asustaban de ver á un Papa á la cabeza de un movimiento reformador y saludable. Bálmes, escribió tambien, en estas circunstancias su célebre obrita intitulada "*Pío IX*," de la que vamos á copiar algunos rasgos.

"La absoluta resistencia á toda idea de libertad, decia el sabio escritor español, se podrá defender en teoría, como el único medio de salvacion para las naciones; pero ello es que esta teoría se halla en contradiccion con los hechos. Por ese espíritu de libertad que invade el mundo civilizado, y se dilata por todas partes como un rio que se desborda, ¿hémus de temer que perezca la religion? No; la alianza del altar y del trono absoluto podia ser necesaria al trono, pero no lo era al altar. En los Estados Unidos la religion progresa bajo las formas republicanas; en la Gran Bretaña ha hecho increíbles adelantos, á proporcion que se ha desenvuelto la libertad; y si bien es cierto que en otros países, ha sufrido considerables quebrantos, no creemos que estos deban atribuirse todos á la ruina del trono absoluto. Guardémonos de equiparar cosas tan diferentes: en la historia del mundo las formas absolutas ocupan unas breves páginas, la religion llena los fastos de los siglos. En las formas políticas no hay nada que sea escu-

cial á la religion: todas le ofrecen sus inconvenientes y sus ventajas. Por estas razones considero como una empresa, peligrosa sí, pero noble, digna de una alma grande, el hacer á su tiempo las debidas reformas, manifestando que no se teme el movimiento de la época, para atraer á todos los espíritus nobles, persuadiéndose que en la religion no hay nada que se oponga al buen orden en la administracion, al progreso material, al desarrollo de la inteligencia, al *ejercicio de la libertad política*; que entre las formas humanas que caudan y se derrumban no debe ser contada la religion católica; y que ella, con sus dogmas, su moral, su gerarquía, su autoridad, puede permanecer illesa en medio de las vicisitudes de los imperios; que puede plantar la cruz sobre el palacio de los césares como sobre las asambleas populares; que puede ungir á un monarca bajo las bóvedas de un templo gótico, ó bendecir un camino de hierro; que puede ser heroica bajo la coraza de un cruzado ó la humildad toca de una hermana de la caridad; que puede defender á un rey contra las huestes de Napoleon, ó la libertad republicana en las banderas del Sonderbund".

En seguida examina una á una todas las reformas políticas y administrativas, introducidas por el Pontífice en sus Estados, como la amnistía completa, la libertad de imprenta y más que dejaron asombrada á la Europa; y concluye diciendo: "A vista de la conducta de Pio IX, el genio del mal, siempre atento á los medios de impedir el bien, aprovecha sagaz el movimiento, y hace resonar por todas partes la voz impía: 'el Papa

está conmigo.....'. Porque le conviene alarmar á los fieles,..... le conviene establecer un cisma de nueva especie, en que algunos católicos quieran ser mas católicos que el Vicario de Jesucristo..... En Francia, en Bélgica, en Alemania, en Inglaterra, en América y en otras partes se hacen manifestaciones en favor del Papa; los obispos rechazan con indignacion la idea de que el Papa está solo: el Cardenal-arzobispo de Leon llama calumnia y asercion injusta y mentirosa, al dicho del que acusó á los obispos y al clero de que se habian pronunciado contra el Papa, y de querer entorpecer y poner obstáculos á su marcha. "El clero, mis amados hermanos, dice el ilustre cardenal, *se asocia enteramente al pensamiento fecundo y santamente liberal de Pio IX*. Contempla con santo orgullo y sincero gozo, la lucha gloriosa de su augusto jefe contra todos los abusos, contra la pusilaminidad de los unos y el pérfido euvalentonamiento de los otros, contra la timidez, que retrocede ante los obstáculos, y la audacia, que lo quiere intentar todo". ¿Si se atreverán ahora nuestros pseudocatólicos á condenar como impías las libertades políticas? Si se atreverán á condenar como liberales á Balmès, al cardenal-arzobispo de Leon, y al mismo Pio IX?

Mientras el Papa, con una solicitud verdaderamente paternal, se ocupaba del bien de sus súbditos, las sectas masónicas y la revolucion trataban nada ménos que de destronar al manso y caritativo Pontífice. Pronto vino Castelfidardo, y á poco, por entre la brecha de la Puertapia, entraba triunfante en Roma, la sacrilega invasion subalpina. ¡Hé aquí,

que el Papa está prisionero, y el piamontes alardea en el Quirinal! Qué hará el dulce y magnánimo Pio? callará? Imposible! ¡Seis años de prision y seis años que no cesa de protestar enérgicamente contra la villana y audaz usurpacion! ¿Por qué no calla el Papa, ante los hechos consumados? Porque no se puede callar ante la tiranía; porque el vandalaje no puede prescribir jamas. Pronto, sobre la cruz de ignominia, en que habian enclavado al Padre de los fieles, se quiso colocar un *inri* sarcástico que explicase, á la vista del pueblo, el suplicio de la Iglesia. Este título de afrenta fué la llamada *Ley de garantías*, contra la cual volvió á protestar enérgicamente el Oráculo del Vaticano. Sí, porque una ley no es buena, porque es ley, sino porque se apoya en la justicia; y el católico no doblega nunca su altiva cerviz ante las leyes de la iniquidad despótica y victoriosa. Esto hace el Papa; lo estais viendo?

Mas todavía: en este siglo, que no sé si irónicamente se ha dado en llamar la era del progreso y de la libertad, se han cometido hechos que ávergonzarian á Atila y Alarico. En pleno siglo XIX, hemos visto á la conquista bárbara y feroz de los tiempos medios, recorriendo ufana el mundo todo, destrozando pueblos, aniquilando nacionalidades y esclavizando á razas enteras. Todos presencian estos excesos, y nadie levanta la voz; se ve que el fuerte oprime al débil, y todos se callan: todos hincan la rodilla ante la barbarie triunfante. Pero no, que todavía hay una voz que truena contra la usurpacion y la tiranía, voz que no se deja oír entre el fragor de las batallas, pero que hace estremecer

á los déspotas. Esa voz es la del Papa, y esa es la única que se hizo oír lamentándose sobre los restos de la infeliz Polonia. Todas las naciones presenciaron indiferentes y egoístas ese banquete de sangre, en el que las panteras del Norte se repartieron los miembros de un pueblo ilustre, del pueblo de Zobieski. El Papa, he ahí el único que supo protestar contra la tiranía conquistadora. Clemente XII, Clemente XIV y Pio IX: no tuvo mas amigos la Polonia. Esto lo han confesado y aplaudido hasta los mismos escritores contrarios á la Iglesia. Cuando en 1866, Pio IX era el único que se ponía de frente á la Rusia, que oprimia á la Polonia, el "Journal des Debats" de 28 de diciembre, se veía obligado á escribir: "Ningun tributo de admiracion puede ser mas profundo que el nuestro, ni mas sincero, para con el lenguaje del Pontífice al Rey; del Sacerdote al César. Este es el lenguaje con que los Papas han hablado mas de una vez á los príncipes; así es como el obispo Ambrosio hablaba á Teodosio emperador". ¿Y lo que proclamaba ese periódico lo han de negar ciertos ecuatorianos que se dicen católicos? Vengannos á decir ahora que los Papas han sido partidarios de la tiranía!

Tended la vista sobre el globo, y vereis que los defensores mas impertérritos de las libertades públicas, los que se encaran con los césares y defienden al pueblo, son los católicos. Eso sí, en el terreno de la legalidad siempre, nunca amigos de la revolucion, jamas panegiristas de la iniquidad. En Alemania los que protestan contra el absolutismo de Bismarck y las perversas leyes de Falk son los católicos; estos

mismos con el episcopado á la cabeza, protestan en Baviera y la Bélgica, en Suiza y España, en Italia y Francia, contra los desbordes de la autoridad y los demanes de los legisladores. Lo mismo que en Europa, está sucediendo en América; los católicos de Yucatan acaban de elevar á las cámaras legislativas de Méjico una vehemente reclamacion contra la iníqua *ley de adiciones* y los villanos procedimientos del gobierno. Los desterrados de Venezuela y los prisioneros del Brasil son los católicos: ellos son los que en Chile están clamando airados de indignacion contra los atentados gubernativos en la actual lucha electoral; ellos, en fin, los campeones de la verdadera libertad, en todo el mundo. Donde se levanta un periódico verdaderamente católico, allí está un campeón de la libertad: donde hay que reivindicar algun derecho, sostener á un débil ó contrarrestar algun abuso, allí está un católico. Oh! esto consuela en demasía, y enorgullece el corazon: esto nos dice que los hijos de la Iglesia no han nacido para arrastrarse en el polvo de la servidumbre, sino para levantar airosos la frente al cielo. Con razon decia un célebre escritor: "Si alguno merece llamarse liberal, en el sentido genuino de la palabra, sin duda que es el católico sincero y acendrado." No: repitámoslo con firme conviccion: los abyectos servidores de la tiranía, no son, no pueden ser hijos honrosos del catolicismo; y pronto, mas tarde ó mas temprano los vereis renegando de su fe, por las comodidades de la tierra; los vereis sacrificando sus convicciones y dando un beso traidor á su madre, la Religion, por vil y miserable precio.

VI.

Y bien, dirá alguno, cómo siendo la Iglesia amiga de la libertad ha condenado el liberalismo? Ciertamente que la Iglesia ha condenado y anatematizado esta *peste perniciosísima*, causa primordial de las horribles miserias que aquejan á la sociedad moderna. Mas guardémonos mucho de confundir los términos: la verdad jamas se contradice á si misma; huye sí de los extremos y descansa en el medio. La libertad que el *liberalismo* defiende es una, la libertad que la Iglesia protege es otra; el uno defiende el error, la otra protege la verdad. Pongamos, pues, la doctrina católica en su punto, y veremos desgarrarse las nubes de la contradiccion, y aparecer límpido y sereno el horizonte de los principios.

Los espíritus apasionados y orgullosos, los que se constituyen defensores de la Iglesia, no por conviccion, ni amor de la verdad, sino por mezquinos intereses, esos tales no son generosos, ni hidalgos paladines, sino iracundos gladiadores, que no anhelan mas, que asesinar á sus adversarios, para alardear con sus despojos, y saciar su sed de sangre en las heridas del vencido. ¡Cuidado, cuidado caballeros!: no marchéis así, tan altivos y desatentados, mirad, que no es firme el terreno en que pisáis, estais luchando sobre un pantano, el pantano de vuestras pasiones; y en lo mas arduo de la lid, os habeis de hundir hasta el cuello, en el cieno inmundado que andais removiendo.

La historia eclesiástica, está llena de espantables ejemplos, para prueba de lo que decimos: ella muestra á un Apolinar, que se hizo hereje por su demasiada ira-

cundia contra los paganos: á un hipócrita monje, al obstinado Eutiques, que abrazó tambien la herejía, por odio á Nestorio. En nuestros dias fué muy desastrosa la caída de Lamennais, por su sobrado apego al principio de autoridad. Recordemos aquí la noble conducta de S. Agustin que aun tratando con los herejes, no se valia para convertirlos, sino de la suavidad y blandura; que reprochaba el zelo imprudente de aquellos que querian hacer prevalacer la verdad, por medio de la fuerza. Esta ha sido siempre la conducta de los santos; y es muy sabido aquello del Angel de las Escuelas: que en ninguna de sus innumerables y sapientísimas obras se le deslizó jamas, una sola expresion dura contra los partidarios del error. El mismo Pio IX ha reprobado, mas de una vez, esta acritud de los católicos pesimistas. Y no podemos continuar sin que indiquemos, siquiera de paso, la manera como condenó la Iglesia el innoble proceder de aquel famoso Itacio, que llevó tan adelante su furor contra los herejes, que no descansó hasta hacer derramar la sangre de los priscilianistas. Hablando de este hecho, escribia el papa S. Leon, á Sto. Toribio de Astorga, lo siguiente: "Recuerda, le decia, la memoria de los crueles tratamientos ejercidos contra los primeros priscilianistas por el obispo Itacio, que los habia perseguido en otro tiempo hasta derramar su sangre, lo que la Iglesia desapruueba de tal manera, que ha puesto á este sanguinario prelado en el número de los sectarios." Si esto pasa tratándose de herejes y de impios, ¿qué no deberémos decir de la amar-

guísima colera, con que algunos de los nuestros se han puesto á donostar á católicos sinceros y puros, de herejes y ateos?

No faltará quien nos tache de místicos y ultramontanos; pero sepa ese aquel, que ésto es cabalmente lo que anhelamos; buenos no somos, ¡ojalá lo fuéramos!; pero católicos sí. No podemos citar á otros autores que á los que hemos leído; y en esta parte, orgullo tenemos de decir que lo poco ó nada que sabemos lo hemos aprendido en purísimas fuentes. Nosotros sujetamos; en todo, nuestro juicio al del papa y nuestros preladados, condenamos lo que la Iglesia condena. y aprobamos lo que ella tiene aprobado. Lo que intentamos únicamente es quitar el manto de virtud, bajo el cual algunos estraviados celotas llevan prevenido un puñal de dos filos, con que hieren y envenenan corazones de hermanos. La verdad la hemos de decir toda entera, enójese el que se enojare: queremos que el pueblo ecuatoriano distinga lo que debe distinguir, y sepa donde están los impios, donde los liberales--católicos, donde los católicos pesimistas, y donde tambien los amigos de la Patria y los católicos puros y acendrados. De todo esto hay en el Ecuador; mas nos complacemos en decir que los buenos están en mayoría, y en minoría los malos; y de aquí el santo orgullo que tenemos de haber nacido en este hermoso y católico país.

Despues de este corto descanso que nos hemos tomado eu medio del combate, embrazamos otra vez el escudo, y empuñamos de nuevo la espada; y como ahora la liza

ha de ser cuerpo á cuerpo, nos permitiremos nombrar á nuestro adversario: "La Civilizacion Católica"; he aquí con quien nos estamos batiendo: que poco tardará ella tambien en saber quienes somos nosotros. Fijemos bien el blanco, para disparar la saeta. Pero sepan que con ésta, no queremos sino derribar la celada: ojalá que debajo de ella, nos encontremos con rostros amigos, y podamos darnos un abrazo de paz. Buenos principios proclama la tal "Civilizacion," pero á vuelta de algunas líneas ensarta tamaños errores: estos combatimos, y ensalzamos los otros. Siempre habíamos creído que son muy perjudiciales á la causa de la verdad, los que se valen de la religion, como de un escudo, para defender y ocultar miras ambiciosas y terrenales. Esos hombres hacen una mezcla indigna y sacrílega de lo santo con lo perverso, y la enseña inmaculada del catolicismo, la convierten en estandarte sangriento de inmundas pasiones; y pronto, muy pronto, se coligan con la iniquidad, y de defensores de la religion, pasan á apóstoles de la herejía.

Tenemos entre nosotros un ejemplo reciente y demasiado claro para probar lo que llevamos dicho. Ciertos hombres, obsecados por la ambicion, desesperados de su caida, y anhelando rehacerse á toda costa en su poderío político, que casi irrevocablemente les ha sido arrebatado, apelan á todo clase de medios y después de ver su impotencia, recurren á una arma que les hiere á ellos mismos, antes que á sus contrarios. Esta arma, sobradamente poderosa, pero tambien santísima para ser empleada por manos profanas, es los

anatémas de la Iglesia. "La Civilizacion Católica", ha creído encontrar en la proposicion LXXX del Syllabus, una canonizacion de su partido, y tomando en sus lábios las sagradas palabras del Pontífice, desahogada orgullosa á los que no están con ella, y grita desaforadamente: "Mirad: mis principios, son los principios católicos, quien me olvida, persigue, pues, á la Iglesia."

Pero, como sucede siempre con los que blasonan de soldados del catolicismo, no siendo masque defensores de su ambicion, "La Civilizacion Católica," se ha separado del justo medio de la verdad, y ha ido á combatir de lado de los impíos. Ese periódico se obstina, en manifestar que un republicano es enemigo de la Iglesia, y "que no hay libertad política absolutamente que sea compatible con la profesion católica." Y cosa admirable, sin saberlo, se han puesto á defender el mismísimo error con que famosos protestantes atacan actualmente, insultan y ultrajan á la excelsa religion del Crucificado, columna y firmamento de la verdad. Ved, aquí las pruebas.

Hace mas de un año, que con motivo de la declaracion dogmática de la infalibilidad pontificia, publicó Mr. Gladstone un reto injurioso á todos los católicos, en un opúsculo intitulado: "Efectos de las deciciones del Vaticano, con relacion á la obediencia civil;" en el cual establece cuatro gravísimas proposiciones; la tercera de las cuales dice así: "que ahora, despues (de los decretos del Consilio) nadie puede convertirse (al catolicismo,) sin renunciar á su libertad moral é intelectual, y sin someter su obediencia civil y sus deberes á la merced de otro." Y fi-

jándose en la proposición enunciada del Syllabus, trata de probar que la Iglesia católica, es una antiqualla de museo, propia para existir solamente en países bárbaros, por enemiga irreconciliable de todo adelanto político ó intelectual. Poco despues, Emilio Laveleye publicó en Lóndres un folleto precedido de una carta preliminar del muy honorable W. E. Gladstone, y que tiene por título: "El Protestantismo y el Catolicismo considerados en sus tendencias, con respecto á la libertad y prosperidad de las naciones." En esa obra, que no es mas que una serie de insultos contra la verdadera Iglesia, se pretende probar que ésta es enemiga de toda ilustración y de todo adelanto intelectual y material: allí se dice que los pueblos en que reina el catolicismo, viven sumidos casi en la barbarie, y que "el gobierno despótico es el gobierno congenial de las poblaciones católicas (h)". Esto nada tiene de nuevo, ántes, es una viejísima táctica de los adversarios del Catolicismo, porque, como dice un erudito refutador del último de estos folletos: "Cuando la Iglesia se opone á la tiranía de los reyes se la llama enemiga del Estado; cuando trata de reprimir los desórdenes del pueblo, se proclama por todas partes que esa misma Iglesia es amiga de los tiranos."

La impia constitución de Rionegro,

(h) Con motivo de este último escrito, me ha publicado en "The Catholic World" de N. York, un magnífico artículo intitulado "Una consecuencia de la controversia de Gladstone." "El Tradicionista" lo ha reproducido en los n.ºs. 185 y siguientes hasta el 190. Es curioso leer refutados en ese artículo, los mismos argumentos empleados por "La Civilización Católica" para ultrajar á la Iglesia.

así como las otras de la misma especie que imperan en Venezuela, Guatemala, Méjico y otras naciones del viejo y nuevo mundo, han tenido siempre, por considerandos, las calumniosas mentiras de que la Iglesia es enemiga declarada de la libertad y el progreso de los pueblos. Esta y otras parecidas son las frases que abundan en boca de todos los libres pensadores. Hace pocos días, en un entierro masonico ocurrido en Bogotá, uno de los venerables hermanos exclamaba con acento de autoridad: "Hecho notable y digno de meditación. La Roma de los jesuitas está hoy desavenida con todos los gobiernos civilizados. No hay uno solo que haya podido avenirse con el Syllabus y la infalibilidad; y ésto que á la mayoría de los de Europa por la razón que da el historiador de la decadencia de la Roma pagana, les conviene estar en los mejores términos con el Jefe de la religion católica. Las religiones son siempre útiles á los despotas." Nos cansaríamos recojiendo citas en la materia: lo repetimos, nada de nuevo tienen estos ultrajes contra la Iglesia. Lo que si es novísimo y admirable, y mas que todo lastimoso, es que los católicos RR. de la Civilización, por defender ambiciones desapoderadas, hayan venido á hacer coro á los impíos, á abofetear tambien á la Iglesia, y á pintar á esta madre cariñosa de los pueblos, como un infame verdugo de la tiranía. ¡A que excesos no conducen la política desenfrenada y la ambición desmedida!

VII.

Mas: queremos suponer que no son la ambición, ni el orgullo, ni la sed de mando, ni cosa parecida, lo

que ha hecho desbarrar tan feamente á nuestros extraviados periodistas. ¿Cuál será, pues, entónces, la causa? No otra que "la inexcusable ignorancia de la doctrina católica y la muy superficial noticia del programa político y social del liberalismo." Habiendo, pues, demostrado nosotros anteriormente que la Iglesia no es enemiga, ántes bien es protectora de la libertad y la República; vamos á manifestar ahora, cual es el *liberalismo neto* y el *liberalismo católico*, condenados en el Syllabus y las encíclicas, breves y alocuciones del Papa. Y despues que hayamos demostrado con toda claridad y buena fé, cuales son los perniciosos principios del liberalismo y la revolucion, aparecerá con esplendor, que la Iglesia no ha sido adversa jamas á las libertades civiles de los pueblos, que ella es compatible con toda forma legitima de gobierno, y que sus anatemas no se dirigen en manera alguna, contra ningun partido político, siempre que acate y reconozca la infalibilidad pontificia, las prerogativas de la Iglesia, y su excelencia y dignidad, sobre la sociedad civil.

Once números de su periódico lleva ya publicados "La Civilizacion Católica," en todos ellos se ha propuesto uniformemente recojer las mil condenaciones lanzadas por la Santa Sede, sobre el "liberalismo católico;" hasta aquí todo es laudable, nosotros con ellos reprobamos una y cien veces las peligrosas doctrinas de la falsa libertad; pero es el caso que los escritores de la *Civilizacion* quieren envolver en el anatema del *liberalismo católico* á un partido puramente político, que si es verdad, entraña en su seno á algunos hombres de per-

versas ideas, está compuesto en su mayoría de puros y acendrados católicos: esta conducta es indigna de caballeros. Para alcanzar este fin, los tales escritores, aglomeran textos, truncan frases, y se andan como si dijéramos, por las ramas, esquivando el bulto, y huyendo de entrar en el punto cuestionado, sin dar una esplicacion sincera y franca de aquello en que consiste precisamente el liberalismo católico. Tanto escribir y disputar han acabado por envolver los principios en una nebulosidad que ofusca la luz y abriga las tinieblas. Y nos consta de varios individuos de talento é instruccion que se han quedado al fin sin saber cuál es ó no es la falsa libertad condenada por la Iglesia. Esta conducta es indigna de católicos sinceros que no huyen de la verdad, ántes bien la buscan; y por esto vamos ahora á esponer leal y sinceramente, las doctrinas condenadas y las no condenadas en este punto de la libertad política (i).

Todo lo que es natural á un ser ó indispensable para que pueda conseguir su fin, es le necesario; así la sociedad es necesaria al hombre, porque sin ella, no podria existir ni perfeccionarse. La sociedad, pues, no es otra cosa que la reunion de hombres que unen sus esfuerzos para alcanzar un fin comun. El fin de todo ser individual ó moral no puede ser otro que el bien ó la perfeccion; y el fin de la so-

(i) No será demás decir que los principios que aqui consignamos, están tomados en su totalidad de escritores tan ortodoxos como Bálmes (El Protest), Taparelli (El Ensayo de Der Nat: y el Gobierno repres.) Nicolas (La Revol. y el Ord. crist), Mon. Segur. (La Revol. y el Homcnaje á los cat. liberales.) y Liberatore (Institut. filosóficas).

ciudad política es el orden exterior, ó comun prosperidad de los asociados, auxiliada del orden interno de moralidad. Ahora bien, todo ser para para conseguir su fin necesita moverse, es decir obrar, y para obrar necesita de un principio de vida ó de accion; este principio de vida en el hombre es el alma, y en la sociedad el poder político; siendo así como este viene á ser necesario al cuerpo social. De aquí es que los elementos necesarios de toda sociedad son dos: la multitud y la autoridad, ó sea, los súbditos y el superior. La autoridad, pues, tiene por objeto, dirigir y encaminar el ser político á la consecucion de su fin.

Pero bien, el término último de las acciones del hombre no es la prosperidad de este mundo, sino la felicidad eterna, fin directo de otra clase de sociedad, la religiosa; la cual no es otra que la Iglesia católica. De aquí se deduce, pues, que aunque la Iglesia y el Estado son dos sociedades perfectas y completas, sin embargo, siendo el fin de la segunda un medio para alcanzar el fin de la primera, el Estado debe subordinarse á la Iglesia, como medio á su fin. Lo cual no quiere decir tampoco que la Iglesia deba ingerirse en el gobierno político de las naciones, sino únicamente, que la política debe ser cristiana y católica, esto es, debe ser conforme y no contraria á nuestro último fin. Debe tambien reinar la mas completa armonía entre las dos sociedades, auxiliándose mutuamente; y el Estado, sobre todo, debe una reverente proteccion á la Iglesia que es su maestra y su Señora, y jamas debe atentar con

medida alguna, y bajo ningun pretesto, contra la dignidad y decoro de esta hija de los cielos.

Saquemos ahora otra conclusion. Los súbditos todos deben amor, respeto y obediencia á la autoridad, y esta debe á los súbditos amor, cuidado y solicitud. Nadie debe, pues, turbar el orden de la sociedad: nadie es libre para desviarse de su fin, ni mucho ménos para impedir á los demás su consecucion. La libertad para el bien: he aquí la única que debe ser garantizada por las leyes. El gobernante, á su vez, no debe extralimitarse de sus atribuciones, no debe oprimir caprichosamente á sus subordinados, ni restringir su justa ni legitima libertad. A la luz de estos principios, ocupémonos ahora brevemente de dos importantísimas cuestiones, que van envueltas en lo dicho: *la soberanía popular y la revolucion.*

He aquí con respecto á la primera cuestion lo que dice Mons. Segur: "La Iglesia, por boca de Santo Tomas y de sus doctores mas famosos, enseña que Nuestro Señor Jesucristo, Padre de los pueblos y Rey de los reyes, pone en la nacion entera el principio de la soberanía; que el soberano (hereditario ó electivo) á quien la nacion confia el cargo del gobierno, solo recibe este poder de Dios por el intermedio de la nacion misma; en fin, que el soberano, puesto que recibe el poder para el bien público, y no en favor de sí mismo, si es que llega á faltar gravemente, y con evidencia á este su deber, puede ser depuesto legítimamente por aquellos mismos que le confiaron la soberanía." Aunque si bien añade, siendo ambas partes interesadas en

el debate, la Iglesia sería el tribunal competente para decidir tan grave cuestion. Luego continua así: "Hay un abismo entre esta doctrina y la soberanía del pueblo, tal cual la entiende la Revolucion y la entendieron los constituyentes de 89. Segun estos, el pueblo saca la soberanía de sí mismo, y no la recibe de Dios: nada quiere saber de Dios, pretendiendo separarse de El. Ademas, y como consecuencia de este primer error, desecha á la Iglesia, privándose, de este modo, del único poder moderador que Dios instituyó para protegerle contra el despotismo y la anarquía." (j)

El fin de la autoridad es el bien del pueblo; por consiguiente, ella contraria á su institucion cuando se aparta del sendero de la ley, cuando gobierna demasiado, introduciéndose en el santuario del hogar ó la conciencia; cuando en fin, desatiende los dictámenes de la razon, para seguir el consejo de las pasiones. "El gobierno es injusto, dice Santo Tomas, cuando los que lo ejercen, desatendiendo el bien general, solo se cuidan del provecho propio." Entonces viene la tiranía que es la corrupcion de un gobierno. "El tirano que está dominado de la avaricia se apodera de los bienes agenos; el que está de la ira derrama á torrentes, y por motivos livianos la sangre humana. En un gobierno de esta clase nadie goza de seguridad; porque no es la ley la que rige, sino el capricho de un hombre. El que ejerce la autoridad en este caso, oprime á los súbditos no solo en las cosas temporales, sino aun en las

espirituales, y tiende á concentrar todo poder en sus manos." En estas circunstancias, el pueblo tiene pleno derecho, para oponerse á la tiranía por todos los medios legales; puede solicitar la formacion de nuevas leyes, que le aseguren contra las asechanzas del despotismo, y pedir en todo caso la descentralizacion del poder, para hacer mas dificil la tiranía; "porque, si el gobierno degenera en injusto, vale mas que esté en manos de muchos para que se haga mas débil, por los impedimentos y obstáculos que se susciten mutuamente los que lo ejercen." Y cuando ni todo esto basta, y "cuando un gobernante se convierte en opresor de sus súbditos, lo cual es el último exceso de la tiranía y el último grado de la depravacion de un gobierno"; entónces los que tienen el derecho de elegir á sus gobernantes "no proceden con injusticia deponiendo, ó moderando su autoridad; ni sería calificada de infiel una sociedad destituyendo á un tirano, aunque se hubiera sometido permanentemente á él; porque, no cumpliendo éste con su mision, se hizo acreedor á que sus súbditos rompieran el pacto que con él hicieron". (l) Eso sí, debe añadirse, que las conspiraciones son peligrosísimas, y á veces para la sociedad mas dañosas que la misma tiranía; y es de todo punto ilícito atentar con autoridad privada, contra la vida del jefe de una nacion, aunque se halle viciado por el despotismo. Estas son las doctrinas que se deducen inmediatamente del derecho natural y de las sentencias de la Iglesia, sobre el

(j) La revolucion. § 14.

(l) De regimen principum. cap. 3. 4. y 6.

punto tan debatido de la libertad política.

Veamos ahora cuales son las enseñanzas del liberalismo sobre la materia de que venimos ocupándonos, segun nos las esplica Mons. Segur, en su precioso opúsculo intitulado "*Homenaje á los jóvenes católico-liberales*". "¿Qué es el liberalismo católico? ¿en qué consiste?" pregunta. En el fondó en una falsa idea de la libertad, *idea protestante* (m) aceptada por católicos." En efecto, al proclamar el protestantismo el *libre examen*, como base de su sistema, deificó á la razon humana, y echó por los suelos la autoridad. Desde entónces no se admitió mas regla de conducta, ni mas ley, así en política como en religion, que los dictámenes buenos ó malos de la razon individual de cada uno. Se miró pues á la sociedad por sus cimientos, y se desconoció á Dios, á la Iglesia y á toda clase de poder. De que el hombre sea el único soberano de sí mismo, se dedujo naturalmente, que cada uno es libre para hacer lo que mas se le antoje, y que nadie tiene, por consiguiente, derecho para impedirselo. "Este principio que la libertad del bien existe con la condicion de la libertad del mal, y que estas dos libertades se derivan de la esencia de la libertad: este principio constituye el *Liberalismo*," dice sabiamente, Augusto Nicolas. (n)

Hé aquí, cuál es dogma fundamental del liberalismo, en su infinita variedad de matices; *peste perni-*

(m) El núm. 4.º de la "Civilizacion," cita estas mismas palabras, pero omite las que hemos textuado, cuando en ellas precisamente no halla la esencia del falso y moderno liberalismo.

(n) El Estado sin Dios. §. 3

ciosísima, hija natural de la reforma protestante. De este absurdo principio se dedujeron lógicamente las consecuencias mas fatales, así para la Religion, como para Estado. Se proclamó la omnipotencia de la razon humana y hasta se la adoró como á divinidad; se negó que Dios gobernara la sociedad; se desconoció las prerogativas de la Iglesia, y la infalibilidad pontificia; se aseguró la omnipotencia del Estado; se enseñó que la autoridad política no era natural á las naciones, ni traia su origen de Dios sino de un pacto imaginario; y se afirmó, por último, que ninguna ley, ni poder alguno podian coartar la libertad individual, por caprichosa y desatentada que fuese. He aquí el sistema monstruoso y absurdo y aterrante del liberalismo.

Sin embargo debemos decir que no todos los que falsamente se llaman liberales profesan estas perversas máximas en toda su latitud; no hay uno que no adopte sus principios, pero en cuanto á las consecuencias, unos se detienen aquí y otros mas allá; de lo cual resulta una variedad inmensa de sectarios, que han sido clasificados por géneros y especies, en la célebre obra del "*Catolicismo liberal*" de Gabino Tejado. Nosotros queremos detenernos mas despacio en la familia de liberales-católicos, ó católico-liberales; para que nuestro pueblo, sin parar mientes, en vagas declamaciones, ni protestas mentirosas de religiosidad, conozca y señale bien á los que le predicán la revolucion y á los que le conducen por el camino del bien.

Se llama pues con esta última denominacion á aquellos individuos que aunque infectados del virus de las

doctrinas revolucionarias, hacen, con todo, profesion de católicos, y quizas llevan una vida austera y segun las máximas evangélicas. Algunos hay que de buena fe se hallan sumidos en este error, pero los mas, con malicia y premeditacion. ¿Qué es el liberalismo católico? qué el catolicismo liberal? se pregunta Mons. Segur, y el mismo se contesta: "Es un sentimiento falso y peligroso: un partido numeroso, activo y agitador, que conspira de hecho contra la Iglesia y la sociedad civil, y sirve, sin quererlo á la horrible causa de la revolucion; una doctrina falsa peligrósima, *preñada de herejías y revoluciones*". "En el fondo, los católicos liberales no profesan otra cosa que una profunda aversion por los hombres y las instituciones que sostienen con energia el principio de autoridad. El mal que resulta de esto es ese espíritu de independencia y trastorno que fermenta en sus cabezas, y que les vuelve simpático, sin que ellos sepan el por qué, aquello que se ha dado en llamar las *libertades modernas*; como son la separacion de la Iglesia y el Estado, libertad de la prensa, libertad parlamentaria, *libertad en fin de la herejía y del error*, con todos aquellos otros principios de tolerantismo que condenó la Santa Sede en 1790, y que ha vuelto á anatematizar de nuevo en 1832, como una perniciosa locura, *deliramentum*."

"El principio fundamental del liberalismo católico es este: "Ante la ley, el error tiene los mismos derechos que la verdad." De lo cual se deduce 1º la *libertad de pensar*, que se puede formular así: Cualquiera tiene derecho de pensar y creer lo que quiera, y negar lo que se le autoje.

Así, cualquiera tiene el derecho de negar la existencia de Dios y del alma. 2º La *libertad de conciencia*; segun la cual, todas las religiones, tanto el evangelio como el alcoran tienen igual derecho á la proteccion de la ley. 3º La *libertad de la palabra*; por la cual se tiene derecho para decir todo lo que se piensa; aunque sea una blasfemia contra Dios, no pudiendo nadie reprimir esta libertad, sin cometer un crimen. 4º La *libertad de la prensa*, que da derecho para imprimir todo lo que se puede hablar y pensar. Un apóstata escribe que *Jesucristo* no es Dios, y no hay poder alguno que suspenda la publicacion de esta obra inicua. 5º La *libertad de accion*, en fin, que da derecho para hacer todo lo que se piensa y se quiere." He aquí cuales son los terribles principios y horrosas libertades del liberalismo católico.

VIII.

Es necesario que nos convenzamos de una vez para siempre, que estas repúblicas de América, y sobre todo el Ecuador, no son mas que miserables remedos y pobres imitadoras de lo que se hace en el Viejo Mundo; las ideas, así como las modas, no nos vienen acá, sino á manera de ropa vieja, abandonada ya por inútil. Nosotros, como el salvaje compañero de Robinzon, cambiamos las prendas de vestir, y nos plantamos un frae á guisa de gregüescos y los pantuflos, de capellina. Hay hombres á quienes les gusta proclamar la revolucion, nada mas que por haber oido el sonoro nombre de *Revolucion Francesa*. No somos originales en nada, y nuestras desaliñadas repúblicas parecen unas repúblicas de en-

trouces; jovencillas que aún no han llegado á la nubilidad, acicaladas con la empolvada peluca de tiempos de la Couquidour ¿No lo estamos viendo? Sin haber leído nunca el programa de los *liberales* y *conservadores* de ultramar, por no ser mas atraídos que los parisienses, dejamos de apellidarnos *chihuahuas* y *provisorios*, y nos bautizamos buenamente de *conservadores* y *liberales*; Plagiadores de nombres! ¿No lo estais viendo? Autes, ningún partido denostaba al otro de impío, ni hereje, porque todos eran católicos; y ahora individuos que nada tienen de cristianos, mas que la unción del bautismo sobre la frente, se proclaman con increíble candor, *católicos* y *muy católicos*, sólo porque se llaman conservadores y saben que ciertos conservadores de Europa son católicos. Periódicos revoltosos, disociadores y revolucionarios, creen canonizarse porque plagian, hipócritamente, títulos de famosas publicaciones católicas. Mas esta es una verdad que la demostraremos mas adelante.

Esto no quiere decir, que no haya hombres buenos y muy buenos, y malos y muy malos, en uno y otro partido; de todo hay en uno y otro campo. Lo que queremos decir es, que hasta hoy un partido de principios, á la europea, es cosa no vista en el Ecuador. Por esto, á la vez que combatimos á "La Civilizacion Católica," queremos dibujar bien los perfiles de los católico-liberales, para que el pueblo aprenda á conocer á estas gentes nocivas, ya sea que se cubran con el manto de la religion, ya con la careta de patriotas. Y para que sepan que los partidos que tenemos en el Ecuador, ni son *conservadores*, á genuinos católicos á lo Augusto

Nicolas, ni por el hecho de llamarse liberales, han de ser contados en el bando de Cavour y Mazzini; echómos á un lado los nombres, que son rótulos que se clavan donde quiera, y examinémos los principios y las obras que son frutos del corazon: pues que el árbol se conoce por los frutos.

Para lograr nuestro objeto, digamos algo mas sobre el liberalismo católico, aunque sea á riesgo de parecer difusos. Por lo que hemos dicho anteriormente, se deduce con toda claridad, que el liberalismo católico en su fondo no es otra cosa que una herejía; por tanto, nadie puede abrigar seguro sus perniciosas doctrinas sin renunciar á la fe católica. Este es el modo como lo han considerado los mas distinguidos controversistas ortodoxos, los prelados mas ilustres, y hasta el mismo Soberano Pontífice, como consta de las innumerables condenaciones lanzadas sobre el terrible monstruo. "El católico-liberal, no es católico ni liberal, dice el señor Veuillot. Quiero decir con esto, sin dudar aún de su sinceridad, que no comprende la verdadera nocion de la libertad, ni la verdadera de la Iglesia. Católico liberal, si así lo quiere; pero lleva un carácter mas determinado y todos sus rasgos hacen recordar un personaje demasiado antiguo y demasiado conocido en la historia de la Iglesia: *Sectario*, tal es su verdadero nombre". He aquí segun este mismo autor la piedra de toque para conocer á estos sectarios; he aquí "el arcano del 89, y el punto en que la fe católica liberal tiene que dejar de ser liberal ó de ser católica," este punto ó principio es: "la ruptura del Es-

tado con la Iglesia, con Jesucristo, con Dios, con todo reconocimiento, con toda ingerencia y toda apariencia de la idea de Dios en la sociedad humana (o).” Este es el carácter típico de los liberales católicos, así es como nos lo enseñan los mas esclarecidos escritores de la Iglesia; podriamos acumular citas en esta materia, pero, por no pasar de fastidiosos, añadiremos únicamente dos.

Un notable escritor frances, el abate Desbons, en un hermoso artículo, publicado en 1871, sobre esta materia dice lo siguiente: “El liberalismo es la guerra á lo divino; es el naturalismo en el orden social. So pretesto de garantizar los derechos y la libertad de conciencia, suprime el dominio de Dios sobre la sociedad, y pone á Dios *fuera de la ley*. . . . Ved ahí la única, la gran preocupacion del liberalismo, el hombre libre en su pensamiento, en su conciencia, en su palabra, en sus escritos, en sus actos, en fin. De Dios apénas se habla: está relegado al secreto, y al santuario impenetrable de la vida privada. Se le dice: “Sois el Rey en el cielo, pero solo el hombre gobierna en la tierra.” Y Mons. Segur, en el opúsculo tantas veces citado, dice: “Que el fondo de el liberalismo no es mas católico que el protestantismo. El que quiere permanecer liberal, debe dejar de llamarse católico. El liberalismo no es mas que un renuevo del protestantismo; es el hijo natural del famoso principio del *libre examen*.” Y por esto espera, que á las mil condenaciones repetidas de la Santa Sede, contra este *peligroso enemigo*, se añadirá no muy tarde, una con-

(o) La Ilusion liberal.

denacion solemne y formal.

Pero, aquí, en estos mundos del Ecuador, no es de esta manera como entienden el liberalismo; prueba clara de que se toman los nombres, sin entender las doctrinas. “La Civilizacion Católica,” cree, pues que, el liberalismo católico, está en proclamar tal ó cual garantía indispensable para el goze de la libertad civil. Por ejemplo, se proponen para la presidencia dos candidatos, igualmente católicos, y respetadores de las enseñanzas de la Iglesia, sólo que el uno es mas apto que el otro para el destino en cuestion; pues ahí vienen los seudocatólicos y gritan; “Elegid á nuestro candidato, ó sino estais condenados como liberales-católicos.” Se proponen ciertas reformas en la Constitucion, en aquella parte que da al poder ejecutivo, atribuciones de Sultan; pues, allí está nuestro periódico para gritarnos: “callad, miserables, humillaos, mirad que sois católico-liberales, condenados por la Iglesia.” Otro solicita la descentralizacion administrativa, y pretende que se ensanche la esfera de accion de los municipios; pues ya tiene encima al periódico exaltado que le sacude diciendo: “Quieto, hombre, quieto, que estás proclamando doctrinas católico-liberales.” En fin, este sistema lleva trazas de querer sumir al pueblo ecuatoriano en la mas abyecta servidumbre; con qué fin, ya se sabe. Lo que nos irrita es que se valgan estos hombres del catolicismo, para implantar la tiranía. Estas son cosas que no se creerán fácilmente en otra parte; pero que aquí las vemos y palpanos á cada momento.

¡Pero incautos de nosotros, quo tales doctrinas nos hemos atrevido

á sentar! He aquí que tenemos ya delante á “La Civilizacion Católica,” que lanzando miradas aterradoras, y con la cabellera destrenzada, nos toma por el cuello dándonos un terrible empujon, y nos grita: “¡Hola bribonazo! cómo que confiesas que eres liberal en política? Pues, ya estás anatematizado por la Iglesia. Allí está Mons. Segur que así lo dice. Sábeto, pues, que, ó te haces conservador, ó te califico de hereje; porque *no hay liberalismo* que con el catolicismo sea conciliable. Astuto, digno heredero del jansenismo, así te estás moviendo, moderno Proteo, procurando esquivar el golpe, con una de las mil transformaciones á que estás avcsado.” Pero, Señora mía, ¿por qué tan airado furor? cálmese U. un poco, que aún no acabo de explicarme. Tenga U. la moderacion de matrona culta, y entendámonos en paz.

Cierto, que Mons. Segur dice “que no hay dos clases de católico-liberales, no hay mas que una y esta mala;” cierto, que el mismo prelado añade que es un miserable subterfugio aquello de decir: “Yo no soy liberal sino en política y la política nada tiene que ver con la religion;” Verdad es todo esto, yo confieso mi juicio con el del eminente Pastor; mas sepamos que es lo que se entiende por liberalismo político, que si no la discusion será interminable.

Allá en Europa, que no aquí en el Ecuador, el liberalismo católico es una mezcla de mucho malo con bastante bueno; lo malo está en la necesidad á la Iglesia, y el odio á toda autoridad; lo bueno es el amor á las justas y legítimas libertades públicas; esto no lo digo yo, sino el

mismo Mons. Segur. Distingamos, pues, lo que se debe distinguir. Lo bueno se ha de aprobar donde quiera, lo malo se ha de desechar aunque se resguarde en las gradas del santuario. ¿Quién me quita, pues, á mí el que pueda abrazar inculpablemente los principios buenos que profesan los liberales católicos? ¿Cómo, porque un protestante que niega la necesidad de la confesion, cree en Dios, habia de negar yo la existencia de Dios? Este es el miserable argumento de que se han valido siempre los defensores de la mentira, para denostar á los discípulos de la verdad. Dióscoro decia á S. Flaviano de Constantinopla: tú profesas principios predicados por Nestorio, luego eres nestoriano. “La Civilizacion Católica” nos grita también: UU. profesan principios que proclaman los liberales católicos, luego son liberales católicos. El sofisma es magnífico para embaucar á simples.

Está, pues, condenado el liberalismo político de los católico-liberales: 1.º porque, *bonum ex integra causa, malum ex quocunqve defectu*. Porque estos liberales, para esquivarse de los anatemas de la Iglesia, gritan despavoridos: “Pero si yo no soy liberal mas que en política,” y detras de este liberalismo político, están el odio á la autoridad y la aversion á la Iglesia. 2.º porque con el nombre de liberalismo entienden esos tales, una política atea, que en los negocios civiles prescinde enteramente de Dios y de la religion. Segun esto, ¿por qué se ha de condenar al que profesa del liberalismo católico nada mas que lo bueno, y rechaza lo malo? Hagamos lo que algunos salvajes separar el veneno de la fruta para comérsela. El libe-

ralismo católico hace lo que Cleopatra de Egipto, que en una cesta de dátiles, ocultó las víboras, con que se iba á suicidar; así él oculta la daga revolucionaria, en los vistosos ramilletes de las libertades públicas. Nosotros no hagamos así, hagamos lo que hacen los buenos y hasta el mismo Papa: tomemos los dátiles y arrojemos las víboras: recojamos las flores, destrozemos el puñal.

Pero se dice: eso de ser liberal en política y católico en religion, es una distincion ideal y quimérica. Concedido, por lo que hace á la práctica, en la que casi siempre se ve que el liberalismo político, va unido al dogmático; mas ésto no quiere decir que la distincion sea imposible, puesto que la concibe la mente, y de hecho se ve que los verdaderos católicos de todos los tiempos, han sido y son liberales en política y no en religion. Ya se verá, pues, hasta donde llevamos nuestra lealtad de católicos, y por esto se comprenderá, que el fin que tenemos con este pequeño trabajo, no es el triunfo de un partido, ni la victoria de una caprichosa idea, sino el esclarecimiento de la verdad.

Para que comprendamos mejor lo que precede, he aquí las palabras textuales de Mons. Segur: "¿En qué quereis, pues, ser liberal? Acaso en religion? Los liberales en religion son los protestantes. ¿Pretendeis ser católico en religion y liberal en política? ¡Bah! precisamente eso se llama ser católico-liberal. Un católico-liberal es un católico que no es católico en todo, y que, en los asuntos políticos y sociales se sustrae de la enseñanza y direccion superiores de la Iglesia, para seguir sus ideas propias, es decir sus ideas falsas; pues-

to que no hay verdad contra Dios y su Iglesia." En efecto, añade, la Iglesia ha recibido la mision de enseñar á todos los hombres sin excepcion, así soberanos como súbditos; y todos deben conformar su pensamiento con las enseñanzas de la Iglesia. Pues, "no siendo la política otra cosa que el gobierno de las sociedades y la direccion práctica de los negocios públicos, es evidente que ante todo debe ser católica, es decir, conforme á la ley de Dios y á la enseñanza de la Iglesia." Luego el liberalismo político que no se puede abrazar, no es el que aboga por las justas libertades públicas, sino el que pretende que la política nada tiene que ver con Dios: consecuencia lógica del libre exámen.

Para aclarar mas la cuestion, añadamos otro testimonio tan irrecusable como el anterior. Ved, pues, cuáles son, segun el P. Félix, las máximas del católico-liberal. "Como hombre privado, se dice, soy un hombre religioso; como hombre de Estado, mis deberes son en el todo indiferentes. Como hombre religioso tengo mi conciencia religiosa, mi culto propio, mis prácticas propias; como hombre político, no tengo ni te religiosa, ni cultura religiosa, ni prácticas religiosas. Como hombre privado estoy pronto á morir en defensa de mi religion; como hombre de Estado, enarbolo con denuedo la bandera, para siempre consagrada, del indiferentismo religioso." Volvámoslo á repetir: el liberalismo político condenado por la Iglesia, es aquel que en los negocios públicos pretende sustraerse á las doctrinas católicas, no el que aboga por las libertades civiles. Así se comprenderá, como están condenados ciertos gobiernos, que á pesar

do las protestas que hacen de su religiosidad y catolicismo, despojan, con todo, á la Iglesia de sus bienes, clausuran los seminarios y monasterios, sujetan el clero á las quintas y lo desaforan por autoridad propia, creen tener, y ejercen en efecto, el llamado derecho de *exequatur*, esto es, el de revisar y dar el pase á las bulas pontificias; tratan, en fin, á la Iglesia, como á una esclava, ó al ménos como á una extraña, sin tener en cuenta sus privilegios de Señora. Mas el gobierno que respeta las enseñanzas católicas, auxilia y defiende á la Iglesia, acata la infalibilidad pontificia, hace respetar la autoridad, y reprueba la libertad absoluta; no puede en manera alguna ser condenado, como católico liberal, por el mero hecho de conceder á su pueblo las justas libertades republicanas. La Iglesia reprueba igualmente el despotismo y la anarquía, y enseña á los pueblos á ser verdaderamente libres, no esclavos.

IX.

En vista de esto ¿cómo no agradecer vivamente al Padre de los pueblos que con amorosa solicitud les indica los peligros que es necesario evitar y les avisa las enfermedades de que conviene curarse? El liberalismo católico lleva en la frente la encantadora estrella de las libertades públicas, pero su manto es el de las tinieblas y su cortejo el de los abismos. La soberbia humana ha puesto muy alto sus miras; pretende nada ménos que independizarse de Dios, y lanzar á la sociedad en las ruinas del socialismo ateo y revolucionario. La mina está preparada; la pólvora en montones; la Internacional iza el estandarte; y el liberalismo católico, es el

Júdas infiel y aleve que con faz amiga, y con un beso de paz, entrega á las naciones en poder de sus adversarios. ¡Fuera, pues, el astuto! fuera el espía! fuera el traidor!

Ved con cuanta razon el centinela inspirado de los pueblos, desde las inmuebles almenas del Vaticano, señala con el dedo al liberalismo católico, y le echa fuera de los reales del cristianismo. *Pérfido enemigo, verdadera calamidad actual, pacto entre la justicia y la iniquidad, mas peligroso y funesto que un enemigo declarado, error insidioso y solapado, veneno oculto, peste perniciosísima, y mas terrible que la revolución y la comuna misma;* son los nombres con que la Cátedra Apostólica ha designado al liberalismo católico. No: jamas nos alistaremos nosotros en sus filas; ántes bien, palmo á palmo lo hemos de combatir. Ojalá que el Ecuador, hija predilecta del catolicismo, se mantenga firme en los baluartes de la fe, y no se deje seducir de la encantadora voz de la sirena que le llama al océano de la iniquidad.

Demos las últimas pinceladas, en esta pintura que del monstruo estamos haciendo, para que resalten, como en relieve sus contornos, valiéndonos para ello de las mismas palabras del Soberano Pontífice. En el Breve á los Círculos católicos de Bélgica (8 de mayo de 1873) dice que los católico-liberales son aquellos "que aunque finjen reverenciar á la Iglesia, sin embargo pervierten la doctrina, y se inclinan al obsequio del César y al culto de las falsas libertades, so pretexto de evitar discordias y conciliar á la Iglesia, con el falso progreso de la época". En el Breve á la asociacion

católica de Maguncia (10 de febrero de 1873) dice que el liberalismo católico, "esta detestable ilusion tan frecuentemente reprobada, pero tan frecuentemente repetida; sostiene que el poder civil es el origen de todo derecho, segun el cual, aun la Iglesia debe estar sometida á la omnipotencia del Estado". Finalmente, para no cansar mas la atencion de los lectores, recordémos únicamente el famoso Breve al Circulo de San Ambrosio de Milan (6 de marzo de 1873), en el cual pinta al liberalismo-católico con colores tan vivos, que despues de esto, es imposible ya confusion alguna. "Fácilmente podreis evitar sus emboscadas (las del liberalismo católico), escribe, si teneis siempre á la vista esta divina advertencia: *Ex fructibus eorum cognoscetis eos*: si observais que ceban su despecho contra todo lo que exige una obediencia pronta, entera, absoluta, á los decretos y advertencias de esta Santa Sede; de la cual no hablan sino con desprecio, llamándola curia romana; que acusan sus actos de imprudentes ó inoportunos; que afectan aplicar el nombre de ultramontanos, y jesuitas á los hijos mas celosos y obedientes de la Iglesia, y que, llenos de orgullo, en fin, se creen mas sabios que la Iglesia, á quien Dios ha prometido un socorro especial y eterno".

He aquí el liberalismo católico, en toda su deformidad ¿lo conocéis ya? Sin duda que sí. He aquí el error que ha sido condenado por la Santa Sede, en mas de *doce ocasiones*, añadiendo que le anatematizará *cuarenta veces* mas si es necesario. He aquí la serpiente que se esconde entre las flores, he aquí el monstruo que se se reboza con manto de virtud y

catolicismo. Por lo dicho, se verá tambien la mala fe de "La Civizacion Católica", que ha rehuido el pintar al liberalismo tal, cual es; deteniéndose únicamente en ciertos rasgos confusos que favorecian á sus dañadas miras: nosotros no así, hemos descendido al fondo, y desde aquí hemos examinado las consecuencias. Creemos, pues, que ningun católico sincero podrá excusarse de ignorancia, si es que profesa tan horrible secta.

Despues de esto, debemos confesar que en cuantos escritores católicos (que no son pocos) hemos leído sobre la materia, y en cuantos documentos de la Sede Apostólica, referentes á este asunto hemos registrado, no hemos visto jamas condenadas las legítimas libertades públicas que respetan el principio de autoridad y acatan la infalibilidad pontificia. "La Civilizacion Católica" es el primer periódico en que hemos visto asentada tan absurda doctrina: otra prueba mas de las dañadas intenciones de sus RR. Y para que no se crea que somos los únicos en sostener esta opinion, aquí van testimonios terminantes de los mas distinguidos prelados, escritores y periódicos católicos, que distinguen lo que está condenado, de lo que no lo está; y ántes bien, todos á porfia, hacen una honrosa excepcion del liberalismo netamente político.

X.

El señor Veuillot, en su opúsculo *La Ilusion liberal*, asegura que "la dominacion universal del Cristo realizará sola la universal libertad, la universal igualdad, la universal fraternidad; pues, la libertad debida al hombre es la de alcanzar su fin

sobrenatural, y jamás otra sociedad que la de los discípulos del Cristo, reconoció á los hombres por iguales y hermanos". Luego despues, esplica como los franceses católicos han sido siempre los amigos decididos de las libertades públicas: "¿Quién mas, que nosotros, dice, deseó que fuera la Carta una verdad, quién se prestó mas á ello, quién lo esperó mas sincera y ardientemente? Al mismo tiempo que manteníamos nuestros principios contra la doctrina revolucionaria rechazábamos algo en el hecho? ¿Pedimos algo, fuera del poder de oponer la libertad á la libertad?" Cita en seguida el programa del partido católico frances, redactado por Mons. Parisis, que estudió lo relativo al acuerdo entre la Iglesia y la libertad, en el cual programa se pedía libertad de enseñanza y asociacion católicas, y en el que se decía á los príncipes: "Sólo os pedimos una cosa que es de estricto derecho áun á vuestros ojos: la libertad".

The Catholic World de febrero de 1876, refutando el folleto de Laveleye, que, como hemos dicho, acusa al catolicismo de amigo de la tiranía, dice lo siguiente: "A la Iglesia católica se debe la creacion del pueblo; fué la primera que predicó la fraternidad y la igualdad de los hombres ante Dios, y de ahí vino la igualdad ante la ley. Esa Iglesia rodeó con un círculo mágico á la muger, quitó los grillos del pié de los esclavos y les ordenó que fueran hombres, llevó á su seno á los niños desamparados, bautizó á toda la humanidad, y apeló y apela áun ante Dios contra la fuerza bruta, en nombre de la libertad eterna del alma. Sus mártires fueron y son los mártires de la libertad, y si ella no existiera hoy, todos

los hombres aceptarían los hechos consumados, y bajarían la cabeza ante los que triunfan."

La Civiltà Cattolica, contentando en 1875, á la obra de Gladstone "Efectos de las decisiones del Vaticano," en la cual el exministro británico afirma, nada ménos, que la Iglesia Católica es enemiga de la libertad civil de los pueblos; dice, hácia lo último, con referencia á la proposicion LXXX condenada del Syllabus: "El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y llegar á composicion con el progreso, con el liberalismo y la civilizacion moderna. Pero ¿de qué progreso se habla, de qué liberalismo, de cuál libertad? ¿Del progreso científico? No. ¿De la civilizacion en cuanto se opone á la rudeza y barbarie de las costumbres? No. ¿Del liberalismo en cuanto indica mudanza de la forma de gobierno monárquico en la constitucional, en la republicana? Tampoco. Se habla del progreso que consagra el principio de rebelion y que echa á un lado la religion: de esa civilizacion que pisotea las leyes divinas, que se burla de los dogmas, que insulta á los ministros sagrados; de aquel liberalismo que tiene por libertad la licencia, por dogma el racionalismo, y por consecuencias el ateísmo, el materialismo y el socialismo. Pero este progreso, y civilizacion son espúreos, este liberalismo es sinónimo de licencia: y todos ellos son el error, la mentira, el abismo de la sociedad."

Quando en 1869, se trataba de la unidad católica, en las Córtes constituyentes españolas, en la sesion del 28 de abril, decía el señor Cardenal Cuesta, arzobispo de Santiago, contestando al señor Aguirre: "La última (la prosicion LXXX del Syllabus) que

nos ha citado su señoría, que dice el Papa que la Iglesia no puede reconciliarse, *no dice con la libertad*: ya se ha librado bien el Papa de decir esto; con lo que el Papa no puede reconciliarse es con el liberalismo, porque el liberalismo es una palabra muy vaga; *tiene un sentido bueno*, y otro sentido que no es tan bueno: el liberalismo se mira como un conjunto de ideas, como un sistema de ideas, y tiene tantas gradaciones ese sistema como son los hombres; llega á veces hasta el último grado, hasta el ateísmo, y claro es que entónces el Papa tenia que condenarlos: hay luego otros matices, y ahí ha condenado el Papa en general el liberalismo, porque para ciertos hombres comprende ideas contrarias á la Religión. *Hay otro liberalismo que no comprende esas ideas, porque es otro sistema: eso no lo ha condenado el Papa.* ¿Cómo ha de condenar el Papa la libertad? ¿Quién quiere ser esclavo en este mundo? Nadie. ¿Cómo hemos de condenar la libertad? La libertad es una cosa santa y buena: Jesucristo ha venido á libertar á los hombres, y se le ha llamado *libertador* del género humano; la Iglesia fué acabando con la esclavitud poco á poco, lentamente, y la esclavitud era la lepra del mundo pagano: ha acabado con ella la Iglesia: son innumerables los esfuerzos que hizo para ver si la destruía, hasta que lo logró. El Papa, pues, no ha podido condenar la libertad; lo que ha condenado son ciertos errores que se comprenden en una palabra general, y que se dividen luego en diversos matices, en diversos grados, hasta llegar á un grado racional en que no se puede condenar (p).

(p) "La Cruz"; n. o de 19 mayo de 1861.

El mismo Mons. Segur, que es quizás el que ha tratado mas bien la cuestion, muy al principio del folleto tantas veces citado "Homenaje á los católico-liberales", ántes de ocuparse de lo principal, establece la conveniente separacion entre la verdadera y la falsa libertad, diciendo que *esta distincion es fundamental en la materia*, y luego continúa: "En el sentimiento liberal que no se debe confundir con el *sentimiento de la libertad*, hay de bueno y de malo: lo bueno es el horror hácia todo: lo que tiene visos de tiranía; es la indignacion muy legítima, contra lo que se mira como abuso de autoridad y opresion de de la conciencia". Lo malo, dejamos citado ya, arriba. Pocas páginas, despues, añade tambien: "Las verdaderas, las únicas libertades públicas verdaderas y buenas, son las libertades cristianas. Y en cuanto a estas, la Iglesia es la primera en proclamarlas, la sola en reclamar y combatir por ellas: esta es la libertad de la verdad, la libertad del derecho, la libertad de la familia y sociedad cristianas; es la libertad en el ejercicio de la autoridad religiosa, civil y doméstica. Es, en una palabra, la libertad de todo lo bueno y benéfico".

El señor D. Félix Sardá, en su opúsculo "Cosas del dia", dilucida tambien admirablemente los principios y doctrinas del falso liberalismo, distinguiéndole oportunamente de aquel otro santo y bueno que no tiene en mira mas que la pura y legítima libertad. Ved lo que dice (pgs. 24 y sgts): "Las formas políticas son simple cuestion de criterio humano, sobre lo cual nada ha definido ni condenado la Iglesia. Repúblicas y monarquías son buenas siendo católicas, es decir, no inspirándose su legis-

lucion en otro criterio que en el de la doctrina católica, no atentando en nada á los derechos del Catolicismo, favoreciendo en todo su legítima influencia, negando todo derecho al error y al mal, y no escatimando ninguno á la verdad y al bien & &. Donde se legisle católicamente y se obre católicamente, lo mismo da que el jefe del Estado se llama Rey ó Presidente, Emperador ó Dux, Triunvirato ó Gobierno provicional, que legisle con cámara única ó con dos cámaras, ó sin ningun cuerpo colegislativo. Como tal gobierno, monárquico, aristocrático ó democrático legisle y obre en todo segun la ley de Dios y preceptos de su Iglesia, católico es y digno de toda confianza. La mayor ó menor intervencion del pueblo en la confeccion de las leyes, en la votacion de los presupuestos, en el reparto de los tributos, en la distribucion de gracias y empleos, nada significa con relacion al dogma y á los preceptos de la Iglesia, y hora fuera ya de que nuestros enemigos no hiciesen de tales majaderías el tema principal de sus acusaciones contra nosotros". Y á aquel, que como los RR. de "La Civilizacion Católica", crea que en esto se halla el liberalismo católico, le dice: "Conoces muy poco la graudeza del problema que trae preocupado al mundo y que le divide en dos campos opuestos, el católico y el liberal, si crees que la cuestion es solamente de mayor ó menor latitud en las formas políticas. La cuestion de principios, no de forma, de religion, no de partidos. Puntuo únicamente de resolver en esto dudo á muerto, si la sociedad civil ha de regirse por la ley de Dios y con entera sujecion á las enseñanzas de la Iglesia, ó si la tal so-

ciudad civil es libre de todo punto en lo que se refiere á derecho público, sin obligacion de tener en cuenta para nada dicha ley de Dios y dichas enseñanzas de la Iglesia. Los que decimos que los Estados (repúblicas ó monarquías, y estas puras ó mixtas) deben legislar y portarse en todo conforme á la doctrina católica, y que obran injustamente y erradamente cuando se apartan un solo ápice de ella, *somos católicos puros, y entre estos los hay de todos los partidos políticos*". *Liberales* falsos son aquellos que no admiten mas fuente del derecho que la voluntad humana, y proclaman la infalibilidad de los gobiernos.

Augusto Nicolas, esplica todavía de un modo mas claro estas cuestiones, en su preciosa obra "La Revolucion y el Orden cristiano", que fué recibida con tanto aplauso por la católica Europa. En aquella, pues, distingue á cada paso el verdadero del falso liberalismo. "Sébase dice, hablando de este último, que al desmonetizarlo, léjos de querer contrariar á la reivindicacion y defensa de las libertades civiles y políticas, trato, por el contrario, de librarlas de un funesto compromiso. Trato de realzar, en toda su bella bella solidaridad, para oponerla á toda tiranía, aquella hermosa divisa de todo corazon verdaderamente libre: ¡Dios y la libertad!" En seguida dice, que dañosas preocupaciones impiden establecer un régimen "que satisfaga el verdadero liberalismo, corrigiendo el malo." Hacia lo último de la obra, esplica las doctrinas de la verdadera libertad política, y concluye así: "El gobierno, en este sentido, *debe ser verdaderamente liberal*; mas por ostó mismo, no debe serlo en el falso sen-

tido en que se entienda en el día, y que es la irrisión de la libertad, en el sentido de guardar contemplaciones con el mal y la tiranía". Mas, en ninguna parte se espresa con mas claridad, que hácia la página 59, en la que escribe lo siguiente: "Pueden distinguirse dos especies de liberalismo, y aquí es donde espero satisfacer toda pretencion legítima, manteniendo, no obstante, los derechos y los intereses sagrados de la verdad.

Existe el liberalismo político y el liberalismo dogmático. El liberalismo político es aquel que tiene por objeto la reivindicación y la defensa de las libertades civiles y de las libertades públicas necesarias para su ejercicio, contra toda usurpación ó todo escamotaje, sin perjuicio del orden y por las vías legales y constitucionales del país. En este sentido *soy liberal*, y me daría este nombre si las cosas no hubieran envenenado las palabras en nuestros desgraciados tiempos, y si el mejor de todos los liberalismos no fuese el liberalismo práctico, que no necesita esponerse". Nos parece que no se puede desear un testimonio mas elocuente, mas grave, ni mas terminante: ante Augusto Nicolas ¿qué son los RR. de "La Civilización Católica"? ¿Pretenderán acaso ser mas católicos que el apologista francés?

De todo lo dicho hasta aquí, podemos sacar la siguiente conclusion rigurosamente lógica: hay tres sistemas liberales, el primero consagra la libertad de hacer todo lo bueno, el segundo, la de hacer el bien y el mal; y el tercero, solamente el mal: en el primero consiste el santo y verdadero liberalismo; en el segundo, el liberalismo católico; y en el tercero el liberalismo netamente impío. Esta es la doctrina de Mons. Segur

en su opúsculo, "La Revolucion."

Por tanto, ningun gobierno puede ser mirado, con justicia, como *liberal católico* ó liberal condenado por la Iglesia, por el mero hecho de conceder á un pueblo las legítimas libertades públicas. En cuanto á la mayor ó menor latitud de estas, eso queda á la prudencia del gobernante: segun las circunstancias de cada país, así deberá ser la soltura que se dé á un pueblo. La política es una ciencia enteramente práctica; pretender aplicar los principios abstractos del derecho, sin consideracion ninguna á los hábitos y costumbres nacionales; eso arguye menguada inteligencia y escasez de conocimientos. En política hay á veces no solamente que respetar la opinion y preocupaciones populares, si que tambien contemporar con ellas; hasta el punto en que nos estrecha el deber. La regla invariable para conocer si un gobierno es falso liberal, es esta: el respeto á la autoridad y el acatamiento al Papa; mientras no se pase este limite, nadie puede, pues, ser denostado, ni como socialista, ni liberal católico, por proclamar y sostener únicamente tales ó cuales libertades públicas.

XI.

Ahora, debemos advertir tambien, que tan flaca y quebradiza es la condicion humana, que se ha convertido ya en un axioma, esta verdad, de que el abuso acompaña siempre al ajercicio del derecho; un célebre peruano decia, hace poco: "el abuso es la sombra del derecho." Véase, pues, cuan torpemente obran aquellos que reprueban el que se conceda á un pueblo ciertas libertades

des pública, por temor de que de ellas se abuse; pues, con este raciocinio, vendríamos á parar en la mas horrida esclavitud, y, lo que es peor, no acudiría impiamente á Dios, como falta de provision, puesto que concedió libertad á todos los hombres, previendo que de ella habíamos de abusar.

— Todavía mas: hay casos en que un gobernante está en la obligacion de tolerar ciertos males, á trueque de evitar otros peores. ¿Qué hacer? Tal es la condicion humana. Muy imprudentemente obra aquel que se cree obligado á reprimir todo mal, si sabe que por ello se han de originar otros peores, y mas funestos para la sociedad. Todo esto hay que ver en política: vista de águila se necesita para gobernar á los pueblos. El Altar ó el Chimborazo, vistos de lejos, son hermosísimos y magníficos; mas al que los contempla de cerca, le parecen informes y grotescas masas de peñascos. El águila ve del primer modo: el reptil del segundo. Lo mismo pasa en política: para los de cortos alcances, las obras del genio, son imprudentes y ridículas; porque las ven desde el abismo de su pequeñez; el genio no así, se remonta sobre los aires y contempla las cosas en su relacion con los tiempos. Genios no son los que construyen bonitos castillos de naipes que se los arrastran consigo. Obra que, para ser duradera, necesita de un hombre, no es obra de genio, á lo mas será de un egoísta.

En cierto lugar habia una laguna infecta, que se desbordaba en raudales sobre una hermosa campiña; mas vino un hombre y dijo: "yo quiero construirme jardines en este pa-

deros de la laguna: allá se desbordaba de ella, despues que yo haya gozado. Así fué: construyó sus jardines, y gozó de ellos; mas, á poco que hubo muerto, crecieron tanto las aguas de la laguna, que inundaron con su inmundo cieno, toda la campiña. Entónces vino otro hombre mas prudente y reflexionó: esto no está bueno; abramos, pues, desaguederos á la laguna, y señalemos cauce á sus raudales; no sea que otra vez inunden todos nuestros campos: y así fué, y los campos quedaron seguros. A veces es necesario abrir un cauce al cieno: los diques son perjudiciales.

Pues, ¿el cieno del mal? A veces, necesario es abrirle cauce. No raciocina rectamente el que dice: reprimamos ahora el vicio; allá con los que sobrelleven las consecuencias de esto. Bueno fuera que tuviéramos una república á modo de la Trapa, donde todos fueran santos, y ninguno perverso; ¿pero si esto es imposible? Reprimir absolutamente toda libertad es en ocasiones lamentable imprevision: el crimen que se amontona, allá en los cimientos de la sociedad, es funestísimo en sus efectos. Dicen los geólogos que donde hay un volcan en accion no hay que temer; los terremotos mas terribles han sobrevenido cuando un volcan apagado ha hecho su erupcion. Tapar el cráter de los volcanes es peligroso en ocasiones. Pues todo esto hay que ver en política. El absolutismo no es buen consejero.

Ciertos hombres de miope inteligencia se han puesto á gritar entre nosotros: "reprimid, amordazad á todo malvado; que no se publique periódico alguno sin censura previa: á la cárcel todo sospechoso; fuera de la república todo hombre que pueda

hacernos daño: á la hora todo el que escriba algo contra el gobierno: el cuchillo para todo el que se presume revoltoso: el Ecuador se pierde, se descatoliza; hemos visto ya periódicos en los que mas tarde se ha de atacar á la Iglesia. No hay remedio: este gobierno es católico-liberal, pues qué tales cosas permite." ¡Silencio, amigos, silencio! lo que estais diciendo prueba que sois unos menguados. Para juzgar á un gobierno, hay que ponerse en sus circunstancias, y pensar así: de dónde resultará mayor mal? si de que se toleren ó no, ciertas libertades, que á la verdad son nocivas? Pues, claro está, que, si ahora se reprime toda libertad, amontonamos lava, para que mañana se hunda el Ecuador en horribles y espantosas ruinas. Desde este punto hemos de ver. Lo que yo no admitiré jamas es, que se olvide el principio de autoridad, ó se ofenda á la Iglesia. Mientras que no pasemos de este límite, vamos dando suelta al bramante, para que la cometa se levante por los aires. Cuando el águila quiere hacer presa, se eleva recto hasta las nubes, y desde allí se precipita como un relámpago, sobre la astuta serpiente. El mochuelo, que anda cazando mariposas, rás-trea por los suelos, y se da de cabezadas contra las piedras. Mirad, que el socialismo revolucionario que nos amenaza, es una vigorosa y astuta serpiente, que no miserable mariposa: levantémonos, pues, á los aires, y mirémos el mañana y los tiempos futuros: subamos como el águila; dejémos que rastreen, graznando, los mochuelos.

El que quiera ser sabio, lea á sabios; leámos, pues, á Bálmes. "Cuan-do se hace un bien, es necesario

contar con los males que consigo trae," nos dice este sabio: "cuando un país se halla en estado de gran susceptibilidad política, señal es que está enfermizo: con salud completa, no se padecen facilmente accesos de convulsion.

"En esos momentos críticos, en que un paso mal dado puede acarrear graves consecuencias, lo primero que ocurre al instinto de conservacion es no moverse en ningun sentido, mantener con rigor el *statu quo*, amenazar con la muerte á quien ose perturbarlo, intimidar con la sospecha á quien aconseje la reforma. Ademas, en las revoluciones modernas hay tan terribles escarmientos; la palabra de reforma ha sido tantas veces sinónima de destrucción, la de libertad, de licencia, que se concibe muy bien la alarma que estos nombres pueden inspirar; se concibe muy bien que ocurra la idea de encerrarse inexorablemente en un sistema, de no salir de allí ni por exigencias ni sin ellas, de no hacer nada que los perturbadores hayan de aplaudir, para no llegar á nada de que puedan abusar. Se sabe de antemano, que con nada se han de contentar ciertos hombres; no concederles pues nada, para que no se envalentonen; se sabe que procurarán extraviar los sentimientos mas generosos del pueblo; no hacer pues nada que pueda dar vuelo á esos sentimientos; se sabe que han de abusar de los nombres mas sagrados; no emplearlos pues en ningun sentido; se sabe que, si se abre una ventana para respirar, han de querer una brecha; cerrar pues todas las puertas herméticamente; se sabe que, si se encienden mas luces para alumbrar, querrán teas para incendiar;

no aumentar, pues, la luz de ninguna manera, y resignarse á la pálida claridad de un panteón, para evitar las llamaradas de un incendio.

“Esto dice el instinto de conservación; esto dice también la indignación, justa si se mantiene en los debidos límites, y excusable hasta en sus extravíos, cuando se ve ese designio de destruir en nombre de la reforma, de oprimir en nombre de la libertad, de verter sangre en nombre de la humanidad, de dilapidar en nombre de la economía, de propagar el error en nombre de la ilustración, de corromper la moral, en nombre de los mas nobles sentimientos, de pagar con ingratitud todos los beneficios, de sumir en un piélagó de desastres á los pueblos incautos, de condenar al ostracismo y hasta de llevar al cadalso á los soberanos bondadosos. Indignación justa cuando, se mantiene en los debidos límites, y excusable hasta en sus extravíos, cuando se ve á ciertos hombres, que buscan afanosos dónde hay un error que sostener, una maldad que justificar, una injusticia que defender, para acudir presurosos, y profanando los santos nombres de humanidad y libertad, combatir toda libertad que no sea licencia, atacar toda buena acción que no lleve el sello de la impiedad, mofarse hasta del heroísmo, si no consiente el baldón de entrar en iniecuá alianza contra lo que hay de mas santo en la tierra y en el cielo. Esto dice la indignación; pero ¿qué dice la razón?

“En la vida de las sociedades como en la de los individuos, en el trato privado, como en el manejo de los negocios públicos, es preciso resignarse á encontrar siempre una

mezcla de bien y de mal: el abuso cercano al uso, ingratitud al lado del beneficio, exigencias desmesuradas en compañía de pretensiones justas, ilusos arrastrados por los inciertos, riesgos al lado de esperanzas, necesidades junto con inconvenientes, lo peor en los confines de lo mejor. Tal es la sociedad, tal es el individuo. Esto nos recuerda la historia; esto nos muestra la experiencia; pero ¿dejaremos de hacer beneficios, por no hallar ingratitud, renunciaremos á toda amistad por no tropezar con la perfidia, abandonaremos el trato de los hombres y los negocios de la vida, por evitar la iniquidad y las debilidades de los hombres y no sufrir los contratiempos de las cosas? Y quien esto hiciese, ¿no debería recordar que él también es hombre, y que, á su vez, abunda de miserias, no le faltan debilidades, y quizás no está exento de injusticia? ¿No debería considerar que, en queriendo evitar todo mal, se cae á veces en males mayores? ¿No debería reflexionar que, si los malos son los mas, será difícil resistirles por mucho tiempo: y que, si no lo son, no hay inconveniente en unirse á los buenos, para hacer con ellos el bien, y resistir á los malos? ¿No debería reflexionar que el modo seguro de que los pretextos se hagan poderosos, es dejarles que se conviertan en verdaderos motivos; y que el seguro camino de agravar el mal, es no pensar en aplicarle remedio, no poner el dedo en la llaga, por temor de irritarla; y que se corre peligro de levantar contra sí á los mismos buenos, abriendo campo á ilusiones peligrosas, con dejar intactos los abusos por temor de perder el uso legítimo?”

“Cuando se concede algo, nunca falta quien pide mas; en la variedad de los pensamientos, deseos, intereses, ilusiones, pasiones, miserias, niudeces de los hombres, es imposible gobernar dejándolos satisfechos á todos; y, por lo mismo, es imposible tambien, que, cuando se hacen cambios, no haya inquietud y agitación. Mas por esto, ¿será preciso condenarnos á no cambiar nada? en tal caso, sería preciso condenarse á un sistema completamente estacionario, á uno de esos sistemas que tarde ó temprano disipa cual polvo el humen de las revoluciones (q)”.

Hemos oido tambien á varios individuos hablar, con filosófica gravedad, de *gobiernos fuertes y débiles*; haciendo aplicaciones prácticas de los principios que ellos mismos sentaban. Por lo que hemos escuchado, nos ha parecido que esos señores no entendian mucho de achaques de política; y, para que en adelante lo sepan, y hablen con conocimiento de causa, y tambien, porque esta cuestion se toca de cerca ó de léjos, con la del liberalismo, de que venimos tratando; queremos copiar aquí los magníficos principios de Bálmes, sobre la *fortaleza* y la *debilidad* de los gobiernos.

“El poder que gobierna la sociedad ha de ser fuerte; dice el eminente filósofo, porque, en siendo débil, *tiraniza* ó *conspira*. Tiraniza, cuando se esfuerza por hacerse obedecer; *conspira*, cuando sufre en silencio la resistencia y el ultraje. Augusto se siente fuerte y su imperio es suave; Tiberio se halla débil y *maquina* y *opprime*; de los monstruos que mancharon el solio de los Césares, fueron los mas violentos é insoportables, los que oian ya cerca-

no el ruido de los pretorianos que venian á degollarlos.

“Recorred la historia, y encontrareis escrita por do quiera, con letras de sangre, esta importante verdad: *¡Ay de los pueblos gobernados por un poder que ha de pensar en la conservación propia!*”

“Esta es la clave para explicar los inconcebibles excesos á que se abandonan los poderes revolucionarios y los despóticos, una vez dado el primer paso en el camino de la tiranía: todos son tiránicos, porque son débiles; y, cuando los veais tocar á la demencia en sus medidas de tiranía, dad por seguro que están por expirar. El moribundo, mejor que nadie, augura su próximo finamiento. La Convencion presentia la dictadura. El temor aumenta la opresion, y la opresion acrecienta el temor; la impulsión es reciproca y sigue la misma ley que el movimiento de un péndulo: el punto de elevación está en el mismo nivel que el punto de descenso; la oscilacion continúa; hasta que media la única causa de restablecer el aplomo; la justicia.”

¿Quereis mas todavía? escuchad. Para que un gobierno pueda llamarse fuerte, es condicion indispensable la seguridad de su existencia. “La mayor calamidad que sobre un país puede venir es un gobierno mal seguro, que esté en continuo accecho contra los conspiradores reales ó aparentes; en tal caso, es imposible que el gobierno no tienda mas ó menos á la tiranía, porque quien se ve atacado, natural es que se defienda. No le bastan las leyes comunes, que, regularmente hablando, están fundadas en el supuesto de que se respeta el principio del gobierno; si algunas existen que prevengan el caso

(q) “*Fig. IX*”; pgs. 36, 37, 38 y 54.

de atentado contra este principio, están de suyo mal deslindadas, se rozan en diferentes puntos con los demás ramos de legislación; y el gobierno que ordinariamente pone su atención principal en cuidar de la conservación propia, se extralimita, se excede, y comienza á caminar por una pendiente en cuyo fondo se halla un abisino.

“Cuando hablamos de los medios necesarios al gobierno para ejercer las funciones que le incumben, no entendemos limitarnos á los puramente materiales, no juzgamos que la fuerza de un poder se halle en proporción con la fuerza material de que dispone; ántes al contrario, la sobrada abundancia de este suele enflaquecerle conduciéndole á la ruina. Un conquistador que acaba de tomar por asalto una plaza, tiene en su mano la vida y hacienda de los ciudadanos; nada puede resistirle, su ley es su voluntad: los medios materiales le sobran para oprimir y vejar, dado que ha sido bastante fuerte para derribar ó salvar las murallas; sin embargo, nadie dirá que el gobierno fundado sobre aquella base tenga verdaderamente fuerza. Dejad que corra el tiempo; y, así como un imperio que estriba en la justicia y las leyes, resiste al embate de largos siglos, el otro no será parte á durar algunos años, atravesando los mas insignificantes sacudimientos. Una circunstancia nueva, una combinación imprevista, una noticia que alarme al vencedor, que aliente al vencido, vereis que rompen, cual endeble caña, el cetro que creyerais de diamante.

“En Turquía, el soberano dispone á su voluntad de la vida de sus vassallos, y las cabezas caen

como las espigas segadas por la hoz; no obstante, allí el poder no es fuerte: la mejor prueba de su debilidad son las catástrofes que experimenta. Luis XIV, jóven é inesperto, hallábase un día rodeado de sus artesanos, y llegó á decir que no conocia mejor gobierno que el establecido entre los musulmanes. “Señor, le respondió, con hidalga entereza, un maguate que se hallaba presente, tampoco conozco yo país donde los soberanos sean degollados con mas frecuencia.”

“Durante el imperio romano, el hombre que ocupaba el solio disponía de innumerables legionés; los pueblos se inclinaban ante él, le ofrecían sus homenajes cual hacerlo pudieran á una divinidad; pero ¿sabéis cuál era la suerte de esos señores del mundo? Percian casi todos á manos de la soldadesca (r).”

“La fuerza del poder consiste: 1º en la seguridad de su existencia: 2º en los medios necesarios al cumplimiento de su objeto legítimo.” Gobierno fuerte es, pues, el que se halla fundado en la opinión pública y en el respeto de todos; el que no se separa de la ley en la administración política; el que no tiraniza ni oprime á los súbditos con frívolos temores, el que, en fin, concede la justa libertad á los ciudadanos.

Gobierno débil, es el que subo al poder por medio de las revoluciones, el que tiene en su contra el respeto y la opinión del pueblo; el que centraliza todos los ramos del poder; el que se rodea de bayonetas, para estar seguro; el que se sobrepono á la ley y oprime á los súbditos; el que ultraja la libertad de los ciu-

(r) “La Sociedad”; en el magnífico artículo “La fuerza del poder y la monarquía”

dadanos, y el que es ahogado en sangre, entre el odio universal.

Poca penetracion política se manifiesta, al acusar de débil á un gobierno que condesciende prudentemente, dentro de los límites del deber, con ciertas exigencias sociales. Un caso hay, en que llegan á hacerse peligrosas las concesiones, por mas justas que sean, y este nos indica el sabio de Vich, diciendo: "Concesiones... nada mas vago que esta palabra; la concesion puede ser un acto de prudencia ó de temeridad, de fuerza ó de flaqueza, de valor ó de miedo: segun las circunstancias, se deberá calificar la concesion; confundirlas todas en una clase, seria discurrir con una pequeñez lastimosa. En política es peligrosa toda concesion que viene en pos de exigencias; aunque en sí misma fuera buena, trae consigo un gran mal, que es el desvirtuar la autoridad, arrastrándola á remolque de los revoltosos". De esta manera fueron las concesiones de Carlos I y Luis XVI, que terminaron por hacer rodar en el patíbulo las cabezas de estos dos débiles soberanos. "Mas el conceder previniendo la exigencia, obrando con espontaneidad y con absoluta libertad, es ejercer uno de los actos mas propios de un gobierno sabio, es satisfacer una necesidad, ántes que se convierta en exigencia, esto es, ántes que se manifieste en hechos que harian funesta su satisfaccion".

Las tinieblas del absolutismo han sido ya desgarradas por la civilizacion católica de la época; los ensangrentados girones de los déspotas yacen arrinconados en los hielos de la Finlandia, y entre los Khanatos de la India. Tantas nacionalidades se han emancipado, tantos troncos abso-

lutos han rodado por el cieno, en la era que atravesamos, que un gobierno tiránico ha venido á considerarse, ahora, como un verdadero anacronismo. El que intenta empuñar el cetro de hierro de los tiempos antiguos, corre riesgo, cuando ménos, de ser silbado en calle pública, como el famoso don Miguel de Portugal. César Cantú dice bellamente: "La libertad es ese judío errante, que camina siempre, y que, á pesar de que no llega jamas á su término, no desespera nunca".

Si lo que decimos es exacto hablando de las monarquías, lo es mucho mas con respecto á las repúblicas, que son el gobierno de la libertad. Si ahora salimos con que es bueno el absolutismo, á qué, pues, nos independizamos de España? á qué decimos que el Ecuador es república? valiera mas el bautizarle de cacicazgo. Los que, á fuer de exagerados, pretenden poner en desacuerdo á la religion con la libertad, deberian tener en cuenta que la independencia de la América española fué aplaudida por uno de los mas notables pontífices de entónces.

Pero, por desgracia, entre nosotros se estudian mal y entienden peor estas cuestiones. Somos republicanos en el nombre y monarquistas en el fondo. Estamos tan amañados con el gobierno absoluto, que se cree por muchos, aun de los que se glorían de ascendrados liberales, que no hay gobierno mas fuerte, ni mas bueno que el tiránico. En el entender de estos engañados, gobierno fuerte es el que dispone de grandes fuerzas; el que encarcela, confina, destierra, esclaviza y mata, el que contraría á la opinion pública, y manda al cadalso á quien no besa el

pulvo de una sandalias; el que ve un enemigo en cada ciudadano; el que se muestra hasta de su propia sombra. El pueblo, para estos, es lo que para Mirabeau la asamblea francesa, un mono arisco, en que es necesario ponerlo á horcajadas, con muchas precauciones, calzado de sangrientas espueltas, y armado de un látigo sonador. El tal pueblo ha venido á convertirse en una sombra chinesca, que solo en ciertas solemnidades, se le ve pintado en los cartelones de los demagogos.

Nosotros, al contrario, creemos y lo hemos creído siempre, que la libertad es un hermoso ensueño, que se realiza á la sombra de la cruz. Hemos creído y creemos que la verdadera república no puede existir, sino al abrigo de la Iglesia. Por esto somos católicos, honda y sinceramente; porque sabemos que nuestra santa religion no es opuesta á ninguna verdad, ántes bien, es su mas cara amiga. Los ignorantes y los necios tomaban las palabras del Papa en la medida de sus menguadas inteligencias; nosotros, al contrario, venimos en el oráculo infalible el aliado de la ciencia y la verdad. Y así como seria un absurdo el decir, que los ferrocarriles, telégrafos y demas invenciones modernas están condenadas en la proposicion LXXX del Syllabus, de la misma manera es ridiculo afirmar que en esta y en las otras declaraciones de la Santa Sede, están condenados el liberalismo político, ó cualquier otro sistema que no propone mas que el adelanto y felicidad de los pueblos.

Con que con inefable candor pretenden hacer de apologistas y paladines del catolicismo, deberian armarse, no de la ruin celada de carton,

fabricada al vuelo, con este ó el otro periódico, sino del vigoroso escudo que prestan las doctrinas de acreditados escritores. Máxima muy sabida es aquella, de que no hay necesidad mas nociva, que la de aquellos que presumen de sabios, con insensato orgullo. Débiles y pequeños somos nosotros; pero nos gloriamos de que no sabemos decir otra cosa, que lo que hemos aprendido en notabilidades tan conspicuas como Taparelli, Donoso Cortés, Bálmes y Augusto Nicolas. Leed á estos sabios, y admirareis la sorprendente concordancia que guardan entre sí la verdad católica y las enseñanzas del derecho público.

A la prueba: abramos la obra de Nicolas, "La Revolucion y el Orden cristiano", y encontraremos en ella las siguientes luminosas doctrinas sobre la libertad política: "La libertad es el patrimonio inalienable de nuestra especie. Es el hombre mismo. Todo lo que propende á disminuirla, propende á disminuir al hombre (pag. 393)". "La sociedad verdadera, y, por consiguiente, los gobiernos que tienen su direccion, nos deben, pues, la libertad; la libertad buena, la libertad del bien. El gobierno no debe hacer el bien en nuestro lugar y por nosotros; porque, ademas de que esto seria muy peligroso para el bien mismo, del cual se haria el árbitro supremo, el mejor gobierno y que entendiera mejor el bien, por el mero hecho de obligarnos á practicarlo, seria el peor gobierno, porque atentaria contra lo que llamaré la flor del bien: el mérito; y su raíz la libertad. Haria lo que Dios mismo se encarga de hacer. Porque tú nos gobiernas con una gran reserva, *cum magna reveren-*

tia disponis nos, háse dicho á Dios en el libro de la Sabiduría, y, si somos tuyos, es porque lo anhelamos (pag. 304)". "La sociedad es la familia, el distrito, la provincia, la nación. Ejercer la actividad en estos diversos círculos sociales, es cumplir los fines de la naturaleza humana, y realizar toda la perfección de que puede ser capaz en cada uno de ellos, por medio de la observancia del principio común á todos, y que no puede ser desconocido en ninguno de esos círculos, sin decaer en los otros. El estado contrario es anormal. Un gobierno que absorbe toda la vida nacional, aunque fuera el mejor gobierno, es mortífero para una nación (pag. 309)".

De aquí es que "la república, mas que cualquier otro gobierno, requiere estos tres principios: autoridad; orden y libertad"; á lo que hay que añadir la religion, porque la república "es el gobierno que necesita de mas moralidad, y, por lo mismo, de mas religion. *El despotismo es el que puede pasarse de la fe*, dice muy juiciosamente M. de Tocqueville, pero no la libertad (pgs. 315 y 316)".

Ved aquí lo que, en conformidad con lo anterior, establece otro célebre publicista católico: "Así como el despotismo surge natural y necesariamente del seno de una sociedad incrédula y corrompida; así tambien la dulzura de las leyes que constituyen el régimen liberal se produce sólo, sin trastornos, ni ruido, en una tierra verdaderamente cristiana". Maumigni pinta así el ideal de un pueblo verdaderamente católico y libre: "Un pueblo cristiano, dice, es una gran cosa; es la obra de Dios, de Cristo y de la naturaleza; es un cuerpo vivo que tiene su cabeza, sus

miembros, su alma, y en el que todo contribuye al bienestar de la comunidad. Todo se enlaza y se une, sin confundirse, y se distingue, sin separarse. Cada cual ocupa su puesto, cada cual desempeña las funciones que Dios y la naturaleza le señalan. Contento con su suerte, á nadie envidia nada. Cada uno se sacrifica á todos, y todos se sacrifican á cada uno. La cabeza no desprecia al brazo, que la sirve y la protege; el brazo, que trabaja y combate, no envidia á los ojos, que le guían. Con el orden reina la paz; porque la paz es la tranquilidad del orden. Un alma sana en un cuerpo sano, un espíritu cristiano unido á una constitucion robusta, he ahí el pueblo cristiano".

Este es el ideal á que aspiramos, esta la meta que perseguimos. "Pero esa es una sociedad bien ordenada, una sociedad poderosa, una sociedad libre, una sociedad feliz, y, si se quiere, la mas perfecta de todas las sociedades. Por consiguiente, sólo con el cristianismo verdadero, el cristianismo completo ó el catolicismo, se puede establecer la política verdaderamente republicana y liberal (s)". Y es por esto que asociamos el catolicismo á la idea de libertad. De tal suerte que, por lo que hasta aquí hemos dicho, se verá, que el liberalismo que defendemos, es el mismo que ha sido sostenido por los mas eminentes escritores católicos, aquel que es una condicion indispensable para una sociedad próspera, aquel, en fin, en cuya acepcion, tiene Augusto Nicolas á gala decir: *soy liberal*.

(s) P. Ventura. Pod. páb. cap. 4. § 18.

XII.

La verdad es una senda estrechísima que atraviesa dos horrosos precipicios, puestos á uno y otro lado: la verdad es un hilo sutilísimo que se columpia como puente sobre barrancos y peñascales; quien quiera caminar por él, debe ser un diestro acróbata, muy cauto en eso de mantenerse en equilibrio, porque si no, bastará el mas pequeño desliz para lanzarle á los abismos del error.

Y bien: tratando de esta gran verdad, la libertad política de los pueblos, hemos venido admirando la desfondada quiebra del falso liberalismo; volvámonos ahora del otro lado, y echemos la vista por esos barrancos del cesarismo. Estos son los dos abismos terribles, por entre los que camina la gran verdad de la libertad política de los pueblos: hemos visto el uno, miremos ahora el otro; pero de paso, y á prisa: una ojeada, nada mas. Y ya que estan arriesgado esto de asomarse, orillas de un precipicio, pongamos el hombro en una robustísima columna de granito, que, apoyados en ella, podremos tender seguros la vista por las tinieblas del abismo. El cardenal Manning es una columna de la Iglesia: él va á hablar, escuchémosle (t).

Algunos han dicho, y con mucha razon: "Estos que condenan la libertad política de los pueblos son unos cesaristas"; ellos han contestado: "El cesarismo está en ultrajar á la Iglesia como una esclava, nosotros la amamos, aunque no sea mas que como á un medio para nuestros designios políticos; luego no somos *cecaristas*". Alto ahí, caballeros: si amando á la Iglesia, como á un medio

(t) El ultramontano y el ultramontanismo.

de política, sois cesaristas. Por otra parte, la verdad está en el centro: quien ama la libertad con perjuicio de la autoridad, ese es liberal falso, y por lo tanto, condenado está por la Iglesia: quien ama la autoridad con perjuicio de la libertad, es cesarista; y condenado igualmente por la verdad. Vosotros predicáis la esclavitud de los pueblos, luego sois cesaristas: no hay remedio, la conclusion es rigurosamente lógica.

El cesarismo, como el liberalismo, tiene variedad de matices, mas ó menos claros, mas ó menos subidos; es decir, todos los cesaristas profesan un mismo principio, pero en cuanto á las consecuencias, unos se detienen aquí, y otros pasan mas allá: veámos pues, si vosotros profesáis el principio del error; aunque en cuanto á las consecuencias, os detengais cobardemente en esta ó la otra parada: ¿Teneis las garras del despotismo?— Esta es la cuestion; que las saqueis mas ó menos largas, eso es otra cosa es cuestion de conveniencia.

El principio radical del cesarismo, se halla en esto solo: *la omnipotencia del Estado*. Decir que el gobernante es libre para todo, y el gobernado libre para nada: allí está el cesarismo. Proclamar que la única fuente del poder está en el gobernante, y que el pobre pueblo es nada, á los pies del autócrata: allí está el cesarismo. Despues, no os asustéis: hay un cesarismo pagano, otro cristiano, y otro moderno, al decir del Eminentísimo Manning. Vosotros seréis cesaristas, no de los paganos; pero sí de los otros.

Oid al Cardenal: "La esencia del liberalismo" está en sostener "el dominio del hombre sobre el hombre, el derecho sobre la vida y la muerte".

te, comprendiendo el poder supremo sobre la libertad y los bienes, y abrazando la vida toda del hombre, política y religiosa, doméstica y social". Vosotros, caballeros, los de "La Civilizacion Católica", por ejemplo ¿profesais, ó no, estos principios? Y no se crea que el cesarismo medra á la sombra de los tronos únicamente: no señor: "No es preciso que este poder esté en manos de un solo hombre, puede pertenecer á un pueblo, á un senado, á un emperador ó rey". Lo habeis oido? César puede ser, un emperador, un rey, ó un presidente.

Algo mas claro todavía: "La esencia del liberalismo está en la pretension de una soberanía absoluta y exclusiva", explíquenoslo el mismo arzobispo de Westminster. En el cesarismo, "el único creador de la ley es la voluntad humana, individual ó colectiva, César encuentra la ley en sí mismo: él engendra el bien y el mal, lo justo y lo injusto, lo sagrado y lo profano: el cesarismo tiene la naturaleza humana por código, y César es el único, el supremo intérprete y comentador de esta ley natural; por lo tanto, de él proceden y dependen leyes, moral, religion. El principe ó el Estado soberano legista, juzga, ejecuta por su voluntad y por su propia mano. Todo está creado por tan soberano poder: delega una jurisdiccion, por él y con solo una palabra revocable, suspende ó regula la libertad individual, interviene en la vida doméstica, reclama á los jóvenes como si fueran suyos, los educa según le place y con arreglo á sus modelos y teorías". Ho aquí el cesarismo. En las repúblicas hay un medio muy sencillo de verificar todo esto: se

manda al congreso, y á los ministerios, hombres ineptos ó degradados, sin mas preteusiones que las de agradar al gobernante; y con esto, se queda el déspota solo, porque los otros son, como si no fueran.

Sentado el principio, vamos á las clasificaciones.—El *cesarismo pagano*, llevó estas máximas, hasta las últimas consecuencias: deificó al César. En Roma, el gobernante era no solo emperador, sino tambien pontífice, y algo mas que esto: era una divinidad. Como se explica el cardenal citado, al César se le llamaba *Aeternitas tua*, y Diocleciano podia decir: *Diocletianus maximus aeternus imperator. . . ad DIVINAS AURES NOSTRAS fama quaedam pervenit.*

La tiranía habia llegado entónces á su último término: convertidos los Césares en dioses, todos sus actos eran *santos* y *divinos*; las abominaciones mas espantosas, los asesinatos mas horribles, todo era lícito. Pero no era esto solo: estos dioses corrompidos, creian tener la omnipotencia de hacer hasta lo imposible. Ahí está Calígula que jurò públicamente por la virginidad de su hermana Drusila, con la que habia cometido un crimen incestuoso, proclamándola al mismo tiempo diosa. Allí está el mismo que hizo cónsul á su caballo. Con decir que el César era un dios, con facultad de declarar por tales, á quienes se le autojara; se habrá comprendido hasta donde llegaba el cesarismo pagano.

Este régimen abominable llevó la degradacion de los ciudadanos hasta el último punto. Endurecido con la repeticion frecuente de las tragedias políticas, el pueblo de Roma, como el de todas las capitales, se tornó corrompido, versátil y escéptico. Lo-

vaba su cinismo hasta llorar, en medio de pomposos funerales, por la muerte de los mismos, á quienes habia asesinado. Esos monstruos de Tiberios y Calígulas, por una aberracion inconcebible, subian despues de la muerte, al rango de héroes y de dioses. Ese pobre pueblo llegó á abyeccion tan profunda; que lloraba por sus tiranos y al otro rato pedia su muerte, *ut si in circo ac theatro ludicrum aliquod postularent*, al enérgico decir de Tácito. Ese mísero pueblo, ántes tan patriota y tan heroico, tan virtuoso y decidido, llegó con los Césares, á amar la tiranía; bien así como el preso de largos años ama sus cadenas, ese abyecto y mísero y pobre pueblo lloraba por Neron, y al decir del mismo Tácito: *atque ita XIV annis á Nerone assuefactus, ut haud minus vitia principum amarent, quam olim virtute verebantur* (u); ¡Qué terribles y qué exactas son las enseñanzas de la historia!

He aquí el cesarismo pagano, en toda su deformidad. A él no volverán ya mas los pueblos, si no es por el culto de los ídolos, mientras se adora á un Dios único, el *Divus Caesar*, es un imposible. Pero lo que sí es posible y hacedero, y á la sombra misma de la cruz, es el *cesarismo cristiano*: hablemos de él.

Su principio es el mismo: "la omnipotencia, ya que no la divinidad, del Estado". El cristianismo al reivindicar la libertad del alma, emancipó á ésta del despotismo sobre la conciencia: *primero es Dios que los hombres; el César tiene poder sobre el cuerpo, pero no en el alma*; esto fué el grito de redencion lanzado por los mártires. Ellos al estrallar los ojos contra el ara del

(u) *Attochius, lib. 1.º*

sacrificio, estrellaron tambien la divinidad del César.

Tan arraigado estaba el despotismo en el suelo de Roma, que aun despues, de cortado por la hoz del cristianismo, volvió á echar sus renuevos, á la sombra misma de la Iglesia. El sabio Manning vuelve á estudiar el error, bajo esta su nueva faz y dice: "Pero el cesarismo está en la naturaleza humana. Es un Gobierno de carne y hueso, ó de sangre y fuego", y aunque contenido por un período de tiempo por el cristianismo, no ha cesado jamas de existir. A través de la historia del cristianismo, desde el cuarto al décimosexto siglo siempre ha tratado de fortalecerse. Apénas pasó al Oriente el imperio romano el cesarismo empezó á renacer; el despotismo bizantino que pesó sobre la libertad civil y eclesiástica, ha llegado á ser proverbial; bizantino y despótico son términos idénticos. Tan luego como el imperio romano resucitó en Occidente, comenzó á notarse en él la misma tendencia. El mismo Carlomagno extendió su protectorado ó episcopado de las cosas externas, tanto, que cometió numerosas violaciones de la libertad eclesiástica. Pero el cesarismo de los emperadores sajones, suavios y bávaros, como lo vemos en los conflictos con San Gregorio VII, Alejandro III é Inocencio IV, hizo que el reinado de Carlomagno pareciese normal y cristiano, del mismo modo que el de Constantino".

Constantino y Carlomagno son nombres célebres en la historia eclesiástica, y tenidos en mucho, por todo corazon católico ¿de qué manera, pues, cayeron en el cesarismo, hombres tan eminentes? Principiaron, por

ser soldados de la Iglesia; luego despues se hicieron sus tutores, y al cabo, quisieron hacerse sus amos. Esta es la marcha del cesarismo, en el seno de la iglesia; marcha larga y tortuosa. El cesarismo es un árbol que no crece á la lijera, sino que va subiendo poco á poco, como la palma: tardíos son sus frutos, pero muy amargos. En la historia del Bajo Imperio, tenemos un ejemplo admirable para probar lo que decimos. Justiniano en los principios de su reinado, fué un paladin generoso del catolicismo; mas á poco se fué convenciendo de su grandeza, y empezó á ingerirse en los negocios eclesiásticos; á seguida sus aduladores le infatuaron de tal manera que continuó por hacerse teólogo, y á los últimos de su vejez, ensimismado en demasía, quiso arrogarse las facultades de Pontífice, convocó un Concilio, ultrajó villanamente al papa Vigilio, y acabó por hacerse herejarca.

En efecto, quien desprecia la libertad del pueblo, y cree en la omnipotencia del Estado, saca tarde ó temprano esta consecuencia: luego la Iglesia es súbdita mia; luego si protejo á la Iglesia, la he de hacer servir á mis caprichos: luego soy superior al Papa: luego por último, yo soy el Pontífice. Desde el instante, en que se considera á la Iglesia un punto ménos que el Estado, empieza ya á manifestarse el cesarismo. Y se la considera un punto ménos, desde que se vale de ella, como un instrumento de política; porque siendo el fin mas grande que el medio, se deduce naturalmente, que la política es mayor que la religion, y por consiguiente, el Estado superior á la Iglesia.

La máxima primera de los cesaristas cristianos, es esta, como lo dice el cardenal Manning: "Hacer de la religion un instrumento ó un departamento del Estado". Por aquí los habeis de conocer: muchos de esos hombres, son lobos con piel de oveja, mas examinadles despacio, mirad si tras de sus protestas de catolicismo, abrigan miras políticas, y los tendreis ya asidos por las orejas. Otro de los rasgos distintivos de estos perversos nos lo da, el mismo Manning, diciendo: "Es muy de observar que la opresion de la libertad cristiana se ha verificado á los gritos de libertad, de religion y de conciencia".

Era de esperarse que con la toma de Constantinopla hubiera perecido ese viejo legado de los emperadores romanos; pero no fué así: el espíritu de orgullo hizo reverdecer nuevamente las haces consulares, y todos los soberanos, cual mas, cual ménos, quisieron ingerirse en el gobierno de la Iglesia. De allí esas funestas pretensiones, calificadas de *derecho de tuicion, de pase, de recurso de fuerza* & pretensiones que muchas veces se ha visto la Santa Sede obligada á tolerar, por evitar mayores males. Hasta los reyes *fidelísimos*, los *cristianísimos* y los *católicos*, viéronse arrastrados por el torrente, causando á veces serios conflictos á la Cátedra Apostólica.

El *cesarismo moderno* en el siglo XIX, ostenta fases tan diversas, que el de la una nacion no se parece al de la otra. En Prusia, al decir el emperador al Papa, que no reconoce mas mediador de religion que Nuestro Señor Jesucristo, ha ido á dar en los confines del cesarismo pagano: estas fueron las miras del fundador de la secta evangélica. En

Inglaterra y Rusia, reinó el cesarismo bizantino, en toda su horrible deformidad; el italianísimo no se atreve aun á declararse pontífice; y en estos países de América, se contonea el cesarismo heredado de Castilla.

Por dos vías diferentes se va á dar á este último: la una es aquel famoso principio: "separacion de la Iglesia y el Estado"; y la otra aquella funesta máxima: "la religion católica es un instrumento político". El primer principio es proclamado por aquellas gentes que falsamente han dado en llamarse liberales; en el pensar de estos infucos, separacion de la Iglesia y el Estado significa: proscripcion de un culto nacional, olvido completo del catolicismo; mas todavía, significa: *incaucion* ó robo de los bienes eclesiásticos, secularizacion de los conventos y cementerios, exclausturacion y destierro de monjas, clausura de templos, establecimiento del ateísmo, y opresion de las conciencias católicas. Para ejemplos, allí están Italia, allí la España, allí Méjico, Centro-América y Colombia.

La otra máxima, aunque mas hipócrita, no es ménos perjudicial. Buscando algunos el medio de encumbrarse al poder y perpetuarse en él, se han declarado astutamente protectores de la Iglesia. Estos bandidos calculan muy bien, cuán poderosa es en un pueblo religioso el arma del catolicismo. Desde el momento que llegan á hacerse de ella, todo, todo les parece permitido y lícito. Asesinatos, robos, revoluciones, quebrantamiento de las leyes, usurpacion de los poderes señalados en la constitucion, tiranía, en fin, todo es hecho al protector de la Iglesia. Mucha hipocresía, mucho tino, mu-

cho talento se necesitan para obrar de esta manera, pero el hecho es, que da frutos opimos. El pobre pueblo siente reclinarse el látigo en sus espaldas, pero se consuela al pensar que quien le hiere es protector de su religion. Mas advirtamos esto, que nos dice el Eminentísimo Manning: libertad y catolicismo son sinónimos, así como, herejía y tiranía. De aquí es que el sistema de que venimos hablando viene á ser temprano ó tarde funestísimo á la Iglesia.

¿Qué resulta en efecto de tal sistema? Que la religion viene á ménos, que escalan las dignidades eclesiásticas, no los mas dignos, sino los que pueden servir mejor á la tiranía; que el clero se apoca y prostituye, y acaba por perder esa severa dignidad de apóstol que tanto le honra, esa sagrada mision de padre y conciliador de los pueblos que tanto le enaltece. Abatido el clero, la Iglesia se halla sin baluartes, y entónces es fácil ya el asalto. Llegados á este punto, empiezan á manifestarse poco á poco las perversas miras del César; se principia, por insignificantes pretensiones, casi por caprichos, y se termina á la larga por un ataque furibundo y cerrado. Entónces, si hay un prelado enérgico y fuerte, vienen las persecuciones y el martirio mismo, y si el que lo hay es cobarde ó débil, se proclama el cisma ó la herejía. He aquí, cómo por distintas vías se llega al mismo término: la tiranía y la herejía.

Por esto es muy de temer en un país, cuando se vé á su clero muy afanado en política; tras de ese afán, que quizás al principio es bueno, viene el delirio por la política, tras esto, la codicia y la simonía, y el olvido de los santos deberes del minis-

terio. Cierto es, que en nuestras desgraciados días, andan tan revueltos lo profano con lo santo, que el clero se halla muchas veces en el deber de bajar al cieno de la política, para levantar los vasos sagrados caídos en él; pero de aquí no se debe pasar: quien predica, quien suda por amor á un destino, ese tal anda camino de perdición. El clero jamas debe despojarse de su sagrada misión de padre y doctor de los pueblos, jamas debe arder en el horno de las pasiones políticas, jamas engolfarse demasiado en el mar de la cólera.

Muy sabias son á este respecto las decisiones de las Sagradas Congregaciones de Roma. El 1º de diciembre de 1866, se preguntó lo siguiente, á la Sagrada Penitenciaría: "Quaratione se gerere possint Episcopi rogati ut bonorum Deputatorum electioni favcant?" Y se contestó lo que sigue: *Nihil obstaré, quominus Episcopi, et ordinarii occasione electionum, quoties ad id requisiti fuerint, in mentem populi revocent, quemque fidelium pro suis viribus teneri ad impedienda mala, et ad promovenda bona.* He aquí, pues, la obligación del sacerdote, exhortar al pueblo á que lleve religiosamente sus deberes, eligiendo magistrados íntegros y católicos, que promuevan los intereses religiosos y civiles del país á un tiempo. Nos parece que es muy ajeno del carácter sacerdotal eso de mezclarse en las riñas de partidos, principalmente, cuando ambos candidatos son católicos; y es á todas luces un tremendo abuso, eso de convertir la Cátedra sagrada en tribuna política y mucho ménos revolucionaria. Felizmente en estos tiempos, en muchas partes de América, el

clero cumple dignamente sus deberes, y se halla en el justo medio del ciudadano y del Apóstol.

Después de esta pequeña digresión, veamos los terribles males que ocasiona el cesarismo. "No hay un Cesarismo bueno y otro malo, como hay una República buena y otra mala", nos dice A. Nicolas (La Rev. y el Orden crist. pag. 317). "El Cesarismo no es susceptible de ideal. Su nombre mismo lo condena. Este nombre es un epitafio, así como la cosa que designa es un sepulcro: el epitafio y el sepulcro de esos pueblos muertos en que nada subsiste mas que la descomposición. Puede salirse de la demagogia por la inminencia de los peligros sociales que no permite permanecer en ella. Pero en el Cesarismo no puede hacerse mas que podrirse bajo la fatal apariencia de reposo. Una y otro, por otra parte, son los hijos de la Revolución que los enjendra alternativamente, el uno por la otra, y donde ella hace provenir su último fruto: la Muerte. Este horrible consorcio de *SATANAS*, con la *REBELION*, hija suya, que tiene en su ceñida una jauría de perros ladrando y que en cuanto se les reprime, vuelven á entrar en su seno como en su perrera y dan origen á la Muerte.

"El Cesarismo es la revolución, lo mismo que la Demagogia. Solamente, y esto es lo que lo hace mas funesto, es la revolución mas una mentira. Es la aventura, mentira del derecho; es la fuerza, mentira de la autoridad; es la compresión, mentira del orden; es la corrupción, mentira de la libertad; y es la catástrofe, mentira de la gloria. Lo espantoso en el Cesarismo es que—

A los pueblos en que ha puesto la mano, mas y mas incapaces de cualquier otro régimen que no sea el mismo. Abre un surco en el cual vuelven à recaer siempre, y por donde descenden de monstruosidades en monstruosidades, hasta la última degradacion. Así, desdichado el pueblo á quien no sirve de nada la primera esperiencia que se ha hecho de él. En las razas cristianas, entiendo católicas, tiene un enemigo nato, y es la Iglesia: hállase pues impulsado á una lucha con ella, comenzando siempre por adularla y concluyendo siempre por estrellarse contra ella."

El punto de que parte el Cesarismo es el orgullo, la sed de mando; los caminos por donde se dirige á la realizacion de su fin son dos: la absorcion del pontificado ó poder espiritual, y el aniquilamiento de la libertad individual de los ciudadanos. El cristianismo, que es tan opuesto al cesarismo como al falso liberalismo, ha establecido tambien contra el primero, lo mismo que contra el segundo, los principios salvadores de la sociedad. "Uno de estos principios es, segun Manning, la distincion absoluta de ambos poderes, espiritual y civil; el otro es la supremacia del espiritual sobre el civil en todas materias que se refieren á la incompetencia ó jurisdiccion divina." Ambos poderes deben auxiliarse respectivamente sin confundirse, ni anularse.

Examinando los anteriores principios, se deduce otro que es una nueva salvaguardia para los pueblos: oiganos al Cardenal ingles, quien continúa dictándonos "La soberanía civil reside en la sociedad en general, formalmente en la persona ó las per-

sonas á quienes la sociedad ha encargado su ejercicio. La soberanía es, pues, el don inmediato de Dios á la sociedad, y el don mediato que hace á la persona encargada de ejercerla por la sociedad. Material y formalmente, mediata ó inmediatamente, la soberanía viene de Dios y en el círculo de su competencia es suprema y sagrada". La verdad es como la túnica inconsútil del Salvador, no se la puede quitar una hilacha sin destruirla. Negad que la soberanía viene de Dios, ó que la autoridad es sagrada, y habreis caído en el racionalismo: negad que la soberanía reside en la sociedad, originariamente, y dareis con el cesarismo. No: no se puede negar en solo principio sin ir á parar en el error.

Por aquí se verá que así como la verdad es una, el error que es su negacion tiene tambien su terrible unidad: uno es lo que se afirma, uno lo que se niega. Por mas que parezca una paradoja es, sin embargo, muy cierto que todo falso liberal es cesarista, y todo cesarista, falso liberal. Este niega que la autoridad emane de Dios, y proclama la absurda y omnímoda libertad del pueblo; de lo cual se deduce que debiendo los hombres vivir en sociedad, y siendo necesaria á la sociedad una autoridad, y careciendo la autoridad del freno de la ley, que es la voluntad de Dios, viene apoyarse el poder en la sola voluntad humana, en el único sosten de la fuerza; es decir, viene à ser tiránica. He aquí cómo los liberales sostienen la tiranía. El cesarista, á su vez, proclamando la omnipotencia del Estado, niega la soberanía de Dios en la sociedad, y da por única fuente del poder la voluntad humana; y como

un igual no puede obligar á otro igual, se sigue que toda autoridad entre los hombres es ilegítima, puesto que todos ellos son iguales: siendo la autoridad ilegítima, es decir, no siendo autoridad, todos los súbditos tienen el derecho de insubordinarse contra las leyes y el gobernante, esto es, tienen una libertad sin límites ni freno. He aquí, cómo todo cesarista es falso liberal.

Y en efecto, la historia nos enseña que todo cesarismo es revolucionario. La revolución es el trastorno, el desorden y la violencia, en el modo de ser de un pueblo; y todo César ó ha subido por la revolución, ó es revolucionario en el ejercicio del poder. Así Bismarke es revolucionario, como Napoleón, y como Rósas. Todo falso liberal es cesarista: ved á esos demagogos que hablan de libertad absoluta, cuando están de súbditos, mas, apenas suben al poder, se convierten en monstruos de iniquidad y despotismo. Allí está la revolución francesa, allí Robespierre y Danton; allí la Comuna; allí todas las revoluciones modernas. Todos esos demagogos intransigentes, que tanto hablan contra el absolutismo, no quieren otra cosa que la licencia para su bando, y la muerte para sus enemigos. Ponedlos en el poder y vereis cómo saben aplicar á sus adversarios, aquellos tres famosos principios; libertad, igualdad, fraternidad; sino es con el nivel de la espada, y con el ras del cañón.

Entre muchísimos ejemplos que pudiéramos citar, para prueba de lo dicho, basténnos dos, por ser de los mas recientes. El famoso Castelar, apóstol de la democracia, como simple ciudadano; se convirtió en despota furibundo y proclamó la dicta-

dura, asentado bajo el solio de su patria. Los demócratas ingleses, partidarios fanáticos de la libertad revolucionaria, no trepidaron en reunirse bajo la presidencia del conde Rusell, para felicitar á Bismarke por sus actos de nefanda tiranía contra los católicos. ¡Contradicciones humanas! ¡Miseria y vergüenza para la pobre humanidad! Cuán cierto es, que lejos de la virtud todo es mentira; y que la verdadera libertad es planta que medra, solo apoyada en los brazos de la cruz!

XIII.

Descritos están los adversarios de la Iglesia. Con breves pinceladas acabamos de trazar el cuadro de los errores modernos. La síntesis de todos ellos se halla en estas dos palabras; Liberalismo y Cesarismo. Estas son las dos alas del bando inicuo que persigue á la verdad; á primera vista parecen opuestas, pero ambas van á dar en un solo punto de union, la soberbia. Liberalismo quiere decir revolución; racionalismo y ateísmo; cesarismo significa arbitrariedad, tiranía, desolación y muerte. Todos los errores que se nos presentan dispersos en el transcurso de la historia; se han dado cita, en este miserable siglo XIX, se han mancomunado todos ellos en una sola hueste, y han decidido un asalto simultáneo contra la roca de Pedro. Todas las tiranías, todas las mentiras, todas las pasiones, se han dado un beso de amistad, y están batiendo furiosas los baluartes de la fé.

Quien tiende la mirada por los acontecimientos de la época, queda sobrecojido de espanto al mirar ese desbarajuste universal, en que yacen hacinadas las sociedades modernas. Quien no alcanza á medir el poder

de Dios, cree llegada ya la hora de la consumacion de los tiempos. En medio de tantos crímenes, de tantos errores, de tantas miserias, parece imposible que germine la virtud y se sostengan los principios. Lo peor de todo es, que no se combate á la verdad, con la franqueza de la valentía, sino con la astucia del miedo. Ahora no se dice á los creyentes: "Reniega de Cristo ó véte á la hoguera!"; esto fuera conceder la palma del martirio á las víctimas; no: ahora lo que se dice es: el católico es enemigo de la civilizacion, del progreso y de la libertad de los pueblos, es un retrógrado, un conspirador, un bárbaro, y como á tal echómosle á las selvas.

Pero entre todos los males que deplora el catolicismo al presente, ninguno mas dañoso que la infame cobardía de sus mismos hijos. Si todos los católicos se reunieran en una misma falange, si todos ardieran en el santo fuego del heroísmo, la victoria habria sido pronta y segura. Pero no es así: muy pocos son los fervorosos, los demás son unos débiles. Vedlos allí: los más andar afanados en el farrago del siglo; tímidos y mentirosos, son católicos aquí, son protestantes mas allá; hoy ultramontanos, mañana racionalistas; los otros andan traficando con los vasos del templo, vendiéndose como apóstoles por un mendrugo de pan; enmucando la blanquísima túnica de la fe, en el lodazal inmundo de la política; estos son los que comercian con el sentimiento religioso de los pueblos; estos son apóstatas y espías, estos son traidores del bando de la verdad.

Atentados por un poquito de pan introducen la división en el ejército

católico; y es cosa muy sabida, que todo reino dividido será desolado. La historia nos enseña que todos los pueblos, ántes de caer bajo el puñal del conquistador, han sido atados primero por el lazo de la traición. Granada se dividió en abencerrajes y zegríes, ántes de abrir sus puertas á los castellanos victoriosos. Constantinopla cayó bajo el alfanje musulman, porque sus valientes, en vez de atender al peligro comun, andaban muy ocupados en riñas y disensiones teológicas. Pueblo que empieza á dividirse en bandos de católicos así y católicos asá, próximo está á ser conquistado por el racionalismo. Los ateos espían el momento en que principian á dividirse los fieles, y entónces se entran por la mitad, blandiendo el acero por uno y otro costado. Estos Católicos mezquinos y apocados tienen en la historia un nombre que les designa de una manera muy propia: se llaman *católicos pesimistas*.

Yo no diré si son de estos los R. R. de "La Civilizacion Católica"; lo que sí anuncio es que hay muchos de aquellos en el país en que vivimos. Y es necesario advertir que éstos tales causan más daños á la Iglesia, que los mismos enemigos declarados. La paz y la concordia es el distintivo de los pueblos fuertes. Y sepan que esta idea no es mía, sino de un distinguido y docto escritor católico de España. Parece que la pluma de este sabio al delinear á los pesimistas de su patria, ha querido hacer la pintura de los nuestros: tan grande es la paridad, tan exacta la descripción. Quien se mire retratado en este espejo, tiemble y arrepíentase; con el dedo está señalado; tan grande es la paridad, tan exacta la des-

cripción que no falta mas que pronunciar el: *in es ille vir!*

El señor don Vicente de la Fuente, en un hermoso discurso leído en su recepción en la Academia de ciencias morales y políticas de España, en el pasado año; hace una historia fidelísima de los ataques y persecuciones que ha tenido de sufrir la Iglesia de Dios en los modernos tiempos. Después de representárnoslo al Pontífice, escarnecido por el sofisma, y martirizado por la revolución, nos lo muestra al fin lanzado de su silla y reducido á su palacio convertido en cárcel. Mas he aquí, un nuevo sufrimiento, para el anciano sacerdote: "Los calenturientos, los católicos político-maniáticos le gritan: Alza tu voz y suene como el clarín guerrero, predica una cruzada; no te faltará un Pedro el Ermitaño: en pos de él vendrán los Godofres y Luises, los Tancredos y Teobaldos. ¡Agita, puesto que todo se agita! ¡Commueve, puesto que todo vacila! Millones de católicos escucharán tu voz. ¡Sus á la pelea!" Mas, el santo anciano ¿qué es lo que contesta?—"No está Dios en la conmoción, les dice, ni en el terremoto. No se defiende el Catholicismo con bayonetas, con espadas, con cañones. *Non in commotione dominus* (1)".

En pos del terremoto promovido por los gobiernos revolucionarios, viene la catástrofe del Comunismo, París arde en llamas; "Entonces los políticos gritan al anciano como gritaron los guerreros:—"Alza tu voz y agita tú tambien que vas á perder. Caiga el anatema como cayó el petróleo: echa fuego al fuego. No merecen los impíos compasión alguna,

(1) Allocucion de S. Santidad del día 13 de abril de 1872. (Nota del señor de la Fuente).

ni caridad; no entienden tus palabras, ni oyen tu doctrina: todo es licito contra ellos, la difamacion, el sarcasmo, la injuria, el pesimismo, hiel, ira, veneno, furor, ¡fuego de Dios! (x) Todo, todo es licito: la calumnia, contra la calumnia; la mentira contra el embustero no es mentira.

"El anciano despojado ya de su última almea y con su palacio por dorada cárcel, en vez de pedir fuego del cielo como los apóstoles ántes de recibir el Espíritu Santo, les responde á éstos católicos pesimistas avidos de sangre y venganza:—"No sabeis de que espíritu sois ¿Por qué hablais tanto de las Cruzadas y pensais tan poco en la humilde Cruz de Jesus? Ese celo es fuego, pero no está Dios en ese fuego. *Non in igne Dominus*(2).

"Comprendo que estas palabras, continúa el señor de la Fuente, no gustarán á todos: siempre á la verdad pasó lo mismo. Ni los católicos eclécticos y acomodaticios, ni los católicos agrios y pesimistas transigirán con ellas. No es mía la culpa: culpen al Papa, culpen al Profeta, culpen á Dios que así lo dicen.

"Unos y otros tienden quizás al separatismo por diferentes vías. Quieren conservar lo antiguo, sí, pero

(x) Ved aquí, pintados á nuestros pesimistas: ellos para dorar sus perversas intenciones políticas, las califican de católicas, y con esto creen ya serles licitas todas las maldades, todas las injusticias. ¡Hasta cuando aprenderá el pueblo á conocer que son falsos católicos estos apóstoles de la revolución! No, convenzámosnos: no pueden ser católicos, jamas, estos que odian y befan á la autoridad, estos paganos que se postran ante las aras de la diosa Revolución.

(2) Allocucion de su Santidad respondiendo á los católicos liberales, y á los católicos acrios, pesimistas furibundos. (Nota del señor de la Fuente).

no lo bueno sino. lo que conviene á sus miras terrenales, y entre tanto que ellos combaten entre sí, la impiedad y la heregía avanzan de consuno para destruir todo si pudieran, y á pretexto de separacion introducir la prohibicion; con esta la persecucion; con esta la ruina de toda religion positiva, cuyos conatos no occultan.

“Para llevar á cabo estos tenebrosos planes, descubiertos unos, mal encubiertos otros, fian en la perversion ó en el pesimismo, en la astucia y en la fuerza. Nosotros, los que miramos el catolicismo no como un fin, los que no admitimos que se pueda hacer mal para lograr un bien, *los que queremos que la política sea católica pero huimos del Catolicismo político-maniaco*, no podemos ni debemos valernos de estos medios, sino por el contrario fiar en la caridad y la humanidad, aquella por la oracion y la piedad, esta por la reforma de costumbres y sufrimientos. Ellos en sus guerreros, sus caballos y su artillería, nosotros en Dios á quien únicamente miramos. *Hi in curribus et in equis, nos autem in nomine Domini sperabimus*”.

Vosotros, los pesimistas, vosotros los que introducís la division en el campo católico, esperad: mientras mas afanados esteis en vuestras riñas y disensiones domésticas, os tomarán descuidados los impíos y os aplicarán un lazo al cuello; vendrá la Internacional y el Concunismo, derribarán la cruz de su peana, despedazarán los altares, profanarán los templos y asolarán vuestros hogares y haciendas. Esperad, vosotros los perezosos: la tempestad se levanta ya amenazadora en el horizonte: conjunada con las lágrimas, unios todos

como hermanos bajo la sombra de una misma bandera: la inmaculada del Catolicismo.

XIV.

Concluyamos. La verdad es una hada hermosísima con alas de ángel, con reflejos de sol. Todos la nombran, pero muy pocos la conocen; todos finjen reverenciarla, pero poquísimos la aman de veras. Quien pretenda alcanzarla, súbase sobre la atmósfera tempestuosa de las pasiones; allá, en la serena region del éter, campea esta diosa, bañándose en el océano tranquilo de la luz. En aras de esta Divinidad hemos querido quemar un grano de incienso: expresion de profundas convicciones es lo que dejamos apuntado. Si acaso nos hemos desviado en algun punto del recto sendero, culpa será de ignorancia, pero no de mala voluntad. Escúsenos lo árduo de las cuestiones que hemos tratado, la falta de guías, la escasez de experiencia que poseemos.

¿Pretenciones políticas....? ¡Santo Dios, eso ménos! Quién quiera ver en este escrito la apología de un partido, se equivoca altamente: á cada uno hemos dado lo que es suyo, nada mas. A la verdad es á quien adoramos; partidarios somos de principios, no de hombres. Cuando en alguno vemos encarnadas las doctrinas que profesamos, le tributamos amor y reverencia hasta el límite debido: de aquí no pasamos. No somos ni optimistas, ni pesimistas. Sabemos que la tierra es un lugar de prueba y martirio: que es imposible encontrar la perfeccion aquí abajo: hombre perfecto, hombre sin ulserias, es un milagro de Dios. Lo que buscamos, pues, no es lo mejor, sino lo ménos malo; aquello que es

compatible con la flaqueza y corrupcion de los hombres. Nosotros que recientemente salimos al horizonte de la vida, que no tenemos preocupacion por nadie, no buscamos, pues, otra cosa que la verdad. Esta es imperecedera, los hombres, y los bandos y los partidos pasan como las hojas de un bosque: à ella adoramos; à la Inmortal, à la Imperecedera, à la Verdad.

La Iglesia católica es el arca de la verdad, por esto nuestro afan ha sido manifestar que el catolicismo no es opuesto, ni à la libertad, ni à la civilizacion, ni al progreso, ni à la felicidad de las naciones. Quien se sienta ofendido por nuestras palabras, quiere decir, que se ha ofendido de la verdad. A los traficantes de religion, à los comerciantes de libertad, à esos logrereros hipócritas del bienestar de los pueblos; à éstos les hemos quitado la careta; les hemos asentado la vara de las doctrinas. Hemos tomado del cuello al falso Liberalismo, le hemos sacado de los atrios del templo, y le hemos empujado hácia la izquierda. Al Cesarismo le hemos tomado tambien debajo del solio de los reyes, orando hipócritamente en las gradas del santuario, y desnudo y corrido le hemos lanzado hácia la derecha. Por el medio nos hemos entrado nosotros, llevando en hombros el tabernáculo de la verdad; le hemos colocado en el *Sancta Sanctorum* de las doctrinas, bajo las fulgentes alas de dos encendidos querubines. Allí está la verdad: relampagueando está con el fulgor de la divinidad: ¿la mirais? Pues no la toqueis, sacrílegos Osas: ántes bien, adoradla, con el rostro puesto en la tierra. Cuidado, profanadores del templo con que va-

yais à ocultar vuestras mercancías, con el velo de la religion: el Señor tiene sus ángeles, que con vara en mano saben pisar à los sacrílegos.

Esto y no más, es à donde han tenido nuestros esfuerzos. Pero si alguno viene y me dice: “¿De qué escuela ha salido U. caballero: cómo, ni una palabra más nos ha de dejar sobre los dos bandos liberal y conservador?” — le responderé con Bálmes: yo odio al despotismo y la anarquía igualmente, yo quiero à los partidos que hacen el bien de la República; “La anarquía es una cosa horrible, amigo mio, pero no es bello por cierto el despotismo, la revolucion destruyendo ofrece un espectáculo desastroso, pero el poder oprimiendo presenta tambien un cuadro repugnante. La religion no necesita trastornar ni oprimir; lo que ella hace es ordenar y aliviar: quiere que los pueblos obedezcan, pero les procura un yugo suave y una carga leve. Los hombres religiosos no deben entusiasmarse por una causa, solo porque oigan los gritos de libertad y fraternidad; pero tampoco deben hacerlo porque oigan orden y conservacion. Lo que debemos buscar y amar, siempre y en todo, es la verdad y el bien.”

Católicos todos, los que vivís desde el Carchi hasta el Macará; vosotros los que os bañais en la luz del mediodía, alzad vuestros rostros, reuñios todos: orad y combatid. Este trozo de tierra que nos ha tocado en suerte, y que se llama el Ecuador; este pedazo de jardin, en que habitamos, es grande à los ojos de las otras naciones, porque es católico y sinceramente católico. El Ecuador es grande porque es el Aararat en cuya cima ha venido à po-

como la navicilla de Pedro, errante en el diluvio de persecuciones que le ha armado el siglo XIX. ¡Oh vosotros los que amais á la Patria, no os echis fuera el arca del Señor, que es fuente de inagotables bendiciones! Vendrán los impíos y os dirán: “¡Ecuatorianos! la civilización no puede ser de vosotros porque sois católicos.” Vosotros contestadles: “Antes bien, la civilización está entre nosotros porque somos católicos”.

Mañana cuando el radicalismo nos esté combatiendo de muerte, querrán persuadirnos que es imposible la república, la civilización y el progreso al lado del Syllabus; por esto hemos manifestado que las doctrinas de la Iglesia no se oponen absolutamente ni á la libertad, ni al progreso, ni á la civilización. Armémonos, pues, de la Cruz; tomemos el estandarte y el escudo de los Godofredos y Luises, vamos á la conquista de la tierra santa de la libertad, el progreso y la civilización. El casco del héroe, el laurel del sabio y la cítara del poeta, no nos cuelgan sino en los brazos de la cruz: que ésta sea nuestra insignia. Si nos metemos por el umbral de la política, la cruz ha de estar en la mano: la libertad por el catolicismo, el catolicismo con la libertad.

Hace pocos meses se reunió en Malinas una asamblea numerosísima de católicos, con el objeto de celebrar un notable triunfo de su causa. En esa imponente y espléndida

manifestación, se pronunciaron discursos conmovedores; Mr. Verspeyen, pronunció tambien uno elocuentísimo con el título de *El deber de la lucha*; en él dijo á los católicos belgas, esto que es como dicho á los católicos ecuatorianos: “Obrad, es decir, no seais católicos tan sólo en el interior de vuestras conciencias ó en el secreto de vuestras casas, sino sedlo en todas partes. En los caminos electorales, en las asambleas públicas; que vuestra fe no os causa sonrojo, reivindicadla á la luz del sol, que vuestro derecho de ser cristianos se abrigue bajo de vuestro derecho de ser libres”, Obrad, no os quedeis durmiendo, confiados en que la santidad de vuestra causa os dará la victoria. ¿No veis que mientras vosotros estais durmiendo, los impíos están trabajando? No; salid á la lucha, y defended contra el radicalismo, la impiedad y la tiranía “aquella hermosa divisa de todo corazón verdaderamente libre ¡DIOS Y LIBERTAD!”

Hemos terminado. Nuestra profesión de fe política y religiosa está completa. Mas al fin y al cabo ¿qué es lo que soy: conservador ó liberal?—Al que esta duda tenga, le voy á contestar, por última vez, valiéndome de las palabras, que cierta ocasion las pronunció Aparisi Guijarro, en las Córtes españolas: “Ellos serán liberales ó conservadores; yo soy hombre libre.”

